

Darlo todo y no  
dar nada

---

Calderón de la Barca

## PERSONAS:

- ALEJANDRO
- DIÓGENES
- CHICHÓN, gracioso
- EFESTIÓN
- ESTATIRA, infanta
- SIROÉS, su hermana
- CAMPASPE, dama
- APELES, pintor
- ZEUXIS, pintor
- TIMANTES, pintor
- Un SACERDOTE de Júpiter
- NISE, dama

- CLORI, dama
- SOLDADOS

## JORNADA PRIMERA

*Suenan por una parte cajas, y por otra instrumentos*

*músicos, y mientras dicen los primeros versos, sale*

*DIÓGENES, viejo venerable, vestido pobremente, con una botija de barro en la mano*

UNOS: *El grande Alejandro viva... Dentro*

MÚSICA: *Viva el gran Príncipe nuestro...*

UNOS: *cuyos lauros...*

MÚSICA: *cuyos triunfos...*

UNOS: *siempre invictos...*

MÚSICA: *siempre excelsos...*

UNOS: *a voces van diciendo...*

MÚSICA: *que a su imperio le viene el mundo estrecho.*

TODOS: *s todo el mundo es línea de su imperio.*

ALEJANDRO: Haga el ejército alto      De-  
ntro  
en estos campos amenos,  
a vista de Atenas, griega  
patria de ciencias e ingenios.  
UNO: Haga repetida salva      Dentro  
la música, confundiendo  
en instrumentos sonoros  
militares instrumentos.

*Toca la caja*

UNOS: Alto, y pase la palabra.  
OTROS: Alto, y prosigan los versos.  
TODOS: El grande Alejandro viva,  
viva el gran Príncipe nuestro.  
DIÓGENES: ¡Qué contrarias armonías,  
en no contrarios acentos,  
aquí de estruendos marciales,  
aquí de dulces estruendos,

la esfera del aire ocupan,  
hasta penetrar el centro  
de este pobre albergue, donde  
yo, reino y rey de mí mismo,  
habito sólo conmigo,  
conmigo solo contento!  
Mas ¿quién me mete en dudarlo,  
sea lo que fuere, puesto  
que no me puede añadir  
ni gusto ni sentimiento  
el saber con qué razón  
su media razón del eco  
suenan en su cóncavo espacio  
una y otra vez diciendo:

*Cantan DIÓGENES y TODOS*

TODOS: *que a su imperio le viene el mundo  
estrecho,  
pues todo el mundo es línea de su imperio.*

## *Sale CHICHÓN*

CHICHÓN: Por esta parte me dicen  
que una fuente hay, y aunque tengo  
trabada lid con el agua  
por haber mi casa hecho  
alianza con el vino,  
la he de buscar con todo eso;  
que el cansancio con que entramos  
en Grecia marchando, muertos  
de sed y calor, bien puede  
honestar la tregua, siendo  
en Grecia agua mi socorro  
mientras no hallo vino greco.  
¿Por dónde iré la bellaca?  
Pero aquí hay gente. -- Buen viejo,  
decidme hacia dónde corre  
una fuente, que deseo,  
por más que corra, alcanzarla,  
bien que dudando y temiendo,  
cuando la busco rabiando,

el que la he de hallar riendo.

DIÓGENES: Venid conmigo, que yo allá voy, a cuyo efecto me halláis, ya lo veis, cargado deste rústico instrumento.

CHICHÓN: "*Moza de cántaro*" ya dijo no sé qué proverbio; viejo de cántaro, no lo dijo hasta hoy; pues ¿qué es esto? ¿No hay quien venga en vuestra casa por agua sino vos?

DIÓGENES: Necio debéis de ser.

CHICHÓN: ¿Y de qué lo inferís?

DIÓGENES: De que, si puedo servirme yo a mí, culpéis que otro no me sirva, puesto que sólo está bien servido el que se sirve a sí mismo.

CHICHÓN: ¿Mal fardado y sentencioso, pobretón y circunspecto?

¿Sois filósofo?

DIÓGENES: No sé  
más de que quisiera serlo.

CHICHÓN: Pues, en tanto que llegamos,  
decid, así os guarde el cielo,  
¿cómo, cuando estas campañas  
están con tantos diversos  
aplausos de paz y guerra  
cubiertas, vos, acudiendo  
a tan civil ejercicio,  
vais penetrando lo espeso  
destos montes, apartado  
de tanto heroico comercio,  
sin que la curiosidad  
os lleve siquiera a verlo?

DIÓGENES: Pues ¿qué hay que ver?

CHICHÓN: ¿Qué hay que ver?  
Cuando no fuera el inmenso  
aparato, con que vuelve,  
coronado de trofeos,  
un ejército triunfante  
de toda Persia, trayendo

prisioneras a las hijas  
de Darío, su supremo  
rey, que, puesto en fuga, él solo  
escapó su vida huyendo;  
cuando no fuera el aplauso  
con que le recibe el pueblo  
en estas montañas, donde  
ha de alojarse este invierno;  
¿el ver no más a Alejandro  
no bastaba, a cuyo esfuerzo,  
como estas canciones dicen,  
viene todo el mundo estrecho,

*Cantan CHICHÓN y la MÚSICA*

*pues todo el mundo es línea de su imperio?*

DIÓGENES: Necio te llamé una vez,  
y ahora a llamártelo vuelvo.  
¿Alejandro es más que un hombre,  
tan vanamente soberbio,

que llora que hay sólo un mundo  
para verle a sus pies puesto?

Pues ¿por qué me he de mover  
a verle, cuando mi afecto  
más fuera, si fuera un hombre  
tan sabio, prudente y cuerdo  
que llorara que no había  
otros muchos mundos nuevos,  
sólo para despreciarlos,  
más que para poseerlos?

Pero esta filosofía  
no es para ti, a lo que infiero  
de tu traje y tus razones.

CHICHÓN: ¿Por qué?

DIÓGENES: Porque al culto atento  
de ese humano dios aplaudes  
su ambición, no conociendo  
que con cuanto puede, no  
puede enmendar un defecto  
con que, para desengaño  
de lo poco que es su imperio,  
le dio la naturaleza

en los ojos.

CHICHÓN: Yo confieso  
que, atravesados, es grande  
la fealdad que tiene en ellos,  
mayormente encarnizado  
y lagrimoso el izquierdo,  
sobre cuyo hombro derriba  
la cabeza quizá el peso  
del laurel; pero ¿qué importa  
ser horroroso su aspecto,  
si no le pasan al alma  
imperfecciones del cuerpo?

DIÓGENES: Sí; mas debiera sin ellas  
pasar al conocimiento  
de que es todo su poder  
caduco y perecedero;  
pues con cuanto puede, no  
puede enmendarse a sí mismo.  
Y dejando para otra  
ocasión el argumento  
(que no acaso este principio  
quizá a mejor fin asiento),

aquésta es la fuente; toma,  
este vaso es cuanto puedo  
ofrecerte.

CHICHÓN:                   ¿Para qué?

DIÓGENES: Para que bebas, cogiendo  
el agua con más descanso.

CHICHÓN: Mano con que beber tengo.

*Llega a un lado del tablado, donde habrá una  
fuente, y bebe con la mano*

Mi señora doña Clara,  
cuyo corriente despejo  
entre esotras flores vierte,  
buscando la flor del berro,  
en forma de besamanos,  
como suelen desde lejos  
los que afectan cortesías,  
a usted saludo y protesto  
la nulidad de la fuerza  
que la sed me hace, advirtiéndolo

que no sirva de ejemplar  
para otra vez.

DIÓGENES:                   ¿Qué es aquello?

Con la mano al labio sirve  
el cristal. Al fin, es cierto  
que no hay loco de quien algo  
no pueda aprender el cuerdo;  
pues si la naturaleza  
me dio más noble instrumento  
que el deste barro, de quien  
servirme pueda, no quiero  
ofenderla más, pues basta  
el agravio que la he hecho  
en no saberlo hasta ahora.

*Quiebra el barro*

CHICHÓN: Yo he bebido. Mas ¿qué es eso?

DIÓGENES: Romper ese inútil barro.

CHICHÓN: Pues ¿por qué?

DIÓGENES:                   Porque no tengo

de tener nada que sea  
para la vida superfluo.  
Si puedo vivir sin él,  
ya que de tu sed lo aprendo,  
¿para qué le quiero yo?

CHICHÓN: ¿De suerte que de provecho  
no es lo que no es tan forzoso  
que no se viva sin ello?

DIÓGENES: Claro está; pues para sola  
una vida que tenemos  
cuanto en ella está de más  
está en el juicio de menos;  
y ya que de ti enseñado  
hoy en una parte quedo,  
vélo tú en otra de mí,  
considerando, advirtiéndolo  
qué caso hará de Alejandro,  
ni de todos sus anhelos,  
sus aplausos, sus victorias,  
sus conquistas y trofeos,  
quien se embaraza con sólo  
un tosco vaso grosero,

el día que llega a ver  
que no tenerle es lo mismo  
que tenerle. Y porque más  
se esmere el conocimiento  
desta verdad, di a Alejandro  
que Diógenes, un viejo  
mísero y pobre que en estas  
soledades vive atento  
más a saber que a adquirir,  
no sólo va a verle, pero  
por no verle, al tiempo que  
con tanto heroico festejo,  
según esas voces dicen,  
viene atravesando al templo  
de Júpiter (donde yace  
el hadado nudo ciego  
de Gordio), huyendo su vista,  
va penetrando lo espeso  
destas rústicas montañas.  
Y añade que, si él es dueño  
del mundo, lo soy yo más;  
pues, en contrarios extremos,

él lo es porque le estima  
y yo, porque le desprecio;  
por más que esas voces digan  
una y otra vez al viento . . .

*Cantan DIÓGENES y TODOS*

TODOS: *que a su imperio le viene el mundo  
estrecho,  
pues todo el mundo es línea de su imperio.*

*Vase DIÓGENES*

CHICHÓN: Extrañas borracherías  
son las de todos aquestos  
filósofos; pues por sólo  
haber dicho muy severo  
cuanto en la vida es más  
está en el juicio de menos,  
se andará toda la vida

por aquesos vericuetos  
con su filosofía a cuestras,  
padre conscripto del yermo.

*Ruido dentro*

Pero ¿qué ruido es aquél  
que hacen al umbral del templo  
Alejandro y un anciano  
sacerdote, a lo que veo,  
de un yugo asidos los dos?

*Salen ALEJANDRO y un SACERDOTE, asidos  
de un yugo,  
enredadas las coyundas, y Gente*

SACERDOTE: Advierte...

ALEJANDRO: Yo nada advierto.

SACERDOTE: El agüero teme.

ALEJANDRO: Aparta;

que para mí no hay agüero.

SACERDOTE: Pues óyeme, y haz después tu gusto.

ALEJANDRO: Di; ya te atiendo.

SACERDOTE: Grecia, esta parte del Asia, sin rey se vio mucho tiempo, sujeta a las sediciones, parcialidades y encuentros de tiranos que querían, alegando los derechos de las armas, serlo a costa de robos, muertes e incendios; en cuyo común desorden, necesitado el consejo, más que corregido, vino a este inhabitado templo de Júpiter a pedirle en tantas ruinas remedio. él, o agradecido al voto o compadecido al ruego, en voz de su estatua dijo que entregasen el gobierno

de Asia al que en un monte hallasen  
labrando el inculto seno  
de sus bárbaras entrañas,  
dos blancos novillos puestos  
en el yugo de su arado;  
por señas que en medio dellos  
un águila abatiría  
su más remontado vuelo.  
¡Tan antiguo es en el mundo  
el dar el águila imperios!  
Sucedió así; pero apenas  
los que le buscaban, viendo  
el oráculo cumplido  
en Gordio, un galán mancebo,  
a sus plantas se arrojaron,  
las señas obedeciendo,  
cuando los novillos, que antes  
el yugo arrastraban tiernos,  
embravecidos lidiaron  
por arrojarle violentos  
de sus cervices; que un bruto  
aun se desdeña de serlo

el día que llega a ver  
con majestad a su dueño;  
si ya no fue que al jurarle  
rey, el yugo sacudieron,  
como quien dice: "Más le has  
menester para otros cuellos,  
pues ya los de un vulgo debes  
domar, antes que los nuestros."  
Rompidas, pues, las coyundas,  
dellas este nudo hicieron,  
tan sin principio en sus lazos,  
tan sin fin en sus extremos,  
que no fue posible que  
se les desatase. Y siendo  
así, que a sacrificarlos  
entraron con él al templo,  
segundo oráculo en él  
dio el gran simulacro inmenso;  
pues en segunda voz dijo  
que el que deshiciese el ciego  
nudo, no sólo del Asia  
tendría el dilatado imperio,

pero de la ignota parte,  
que impide el peloponeso  
monte descubrir, sería  
monarca también, rompiendo  
lo impenetrable de tanto  
altivo, tanto soberbio  
escollo armado de hiedra,  
como se le pone en medio.  
Con esta noble codicia  
muchos, de ser los primeros  
que abriesen el arduo paso  
para esotro mundo nuevo,  
el ciego nudo intentaron  
deshacer osados; pero  
no sólo de su ambición  
consiguieron el efecto,  
mas de su ambición quedaron  
castigados; pues es cierto  
que nadie lo intentó que,  
a pesar de su despecho,  
no quedase desde allí  
a mil desdichas expuesto,

como en venganza de tanto  
sacrílego atrevimiento.

Tradicción es que ninguno  
vivió feliz, y que muertos  
con violencia fueron todos,  
ya a la ira del acero,  
ya a la ruina del acaso,  
o a la traición del veneno.

Y así a tus plantas postrado,  
humildemente te ruego  
adviertas que...

ALEJANDRO:                                        ¡Calla, calla!

Que de escucharte me ofendo.

Por el mismo caso que  
es tan repetido el riesgo,  
le he de despreciar.

*Hace fuerza a desatar el nudo*

En vano,  
en vano (¡ay de mí!) lo intento,

si ya no es que haga la industria  
lo que la fuerza no ha hecho. --

¿Dijo el oráculo más  
que el que deshaga este ciego  
nudo será vencedor  
de ignotas gentes?

SACERDOTE: Es cierto.

ALEJANDRO: Pues yo lo seré, pues yo  
dejaré el nudo deshecho.

*Saca la daga y rompe la coyunda*

SACERDOTE: ¿Qué haces?

ALEJANDRO: Cortarle, pues tanto  
monta, para deshacerlo,  
cortar, como desatar.

CHICHÓN: Yo también me hiciera eso.  
¡Miren qué dificultad,  
que la hace cada día un maestro  
de niños, cuando el muchacho  
se da nudos!



te traigo.

ALEJANDRO: ¿De quién?

CHICHÓN: De un viejo,

dialéctico a todo trance,  
filósofo a todo ruedo,  
que por no verte, señor,  
como había, de ti huyendo,  
de echar por aquesos trigos,  
echó por aquesos cerros,  
diciendo a voces que es más  
monarca del mundo entero  
que tú.

ALEJANDRO: ¿Cómo?

CHICHÓN: Como él

hace del mundo desprecio,  
cuando tú ganas el mundo.

ALEJANDRO: No dice mal, si eso es cierto.

Pero dime, ¿por no verme  
fue por otra parte huyendo  
de mi vista?

CHICHÓN: Sí, señor.

ALEJANDRO: Pues no ha de lograr su intento;

que si él, por altivo, no  
quiere verme a mí, yo quiero  
verle a él, por desengañado.

¿Adónde es su albergue?

CHICHÓN: Pienso  
que a la falda dese monte.

ALEJANDRO: Llévame allá; que deseo  
ver quién es dueño del mundo,  
él dejando o yo adquiriendo.

CHICHÓN: Yo te guiaré, aunque otra vez  
encuentre con quien me ha muerto.

ALEJANDRO: Pues ¿quién te ha muerto?

CHICHÓN: Una fuente  
que al paso a todos saliendo  
no sólo mata la sed,  
pero la sed y el sediento.

*Sale EFESTIÓN con un pliego*

EFESTIÓN: Dame, gran señor, tus plan-  
tas.

ALEJANDRO: Esperad, después iremos;  
que antes es esto que todo.--

Efestión, ¿qué hay de nuevo?

EFESTIÓN: Que ya Rojana, de Chipre  
reina, heredera de Venus  
tanto que igual la sucede  
en la hermosura y el reino,  
es tu esposa; en éste vienen  
confirmados los conciertos.

ALEJANDRO: Los brazos toma en albricias;  
que, si la verdad confieso,  
desde que vi su retrato,  
de amor vivo y de amor muerto  
quedé a su vista, sin que  
de Marte el rigor violento  
borrado de mi memoria  
su memoria haya. Mas esto  
no hará novedad a quien  
sepa que Amor, niño tierno,  
en brazos creció de Marte  
desde la cuna, teniendo  
sus estragos por arrullos

y sus iras por gorjeos.

EFESTIÓN: Con unas armas presumo  
que quiere entrambos afectos

Amor confrontar.

ALEJANDRO: Di, ¿cómo?

EFESTIÓN: Como si abrasó tu pecho  
con un retrato, con otro

quiere en ella hacer lo mismo,  
que la envíe el tuyo sólo

me mandó. Y yo, previniendo  
no perder espacio alguno,

hice sacar en pequeño  
a tres pintores, que en Grecia

concurren, en este tiempo

los más famosos, de una  
estatua que está en un templo

de Júpiter, tres retratos;

y traigo a los tres con ellos,

porque tienen variedad

en ideas y bosquejos,

porque elijas tú el que ha de ir.

ALEJANDRO: Mucho me holgaré de verlos.

EFESTIÓN: Timantes, Zeuxis y Apeles  
son los tres.

*Salen TIMANTES, ZEUXIS y APELES*

CHICHÓN: (¿Qué es lo que veo?

Aparte

¿Aquí Apeles? ¿Si osaré  
hablarle?)

ALEJANDRO: Noticias tengo  
de la elegancia con que  
los tres sutiles y diestros  
ejercéis el mejor arte,  
más noble y de más ingenio.

TIMANTES: Si los príncipes le honraran,  
señor, como vos, bien creo  
que se adelantaran más  
sus artífices.

ZEUXIS: Y es cierto,  
pues sus estudios tuvieran  
vuestros honores por premio.

APELES:            Mayormente cuando fuera,  
como ahora, su heroico empleo  
vuestra persona; pues ella  
hiciera su hombre eterno.

ALEJANDRO:        Veamos el vuestro, Timantes.

TIMANTES:        Huélgome que sea el primero,  
porque, habiendo visto esotros,  
no hiciérades déste aprecio.

*Dale un retrato*

ALEJANDRO:        Esto no es retrato mío.

TIMANTES:        ¿Cómo?

ALEJANDRO:        Como en él no veo  
esta mancha que borrón  
es de mi rostro, poniendo  
en disimularla todo  
su primor el pincel vuestro.  
Lisonjero habéis andado  
en no decírmela, siendo  
casi traición que en mi cara

me mintáis. Infame ejemplo  
da ese retrato a que nadie  
diga a su rey sus defectos.  
Pues ¿cómo podrá enmendarlos  
si nunca llegó a saberlos?  
Tomad, tomad el retrato,  
castigado el desacierto  
de la lisonja, con que  
perezca, por lisonjero.

### *Rómpele*

TIMANTES: Señor...

ALEJANDRO: No más. --Dadme,  
Zeuxis,  
el vuestro vos.

ZEUXIS: (Por lo menos Aparte  
yo en él no le callo nada.)

### *Dale un retrato*

ALEJANDRO: Más parecido está el vuestro;  
pero no menos culpado.

ZEUXIS: ¿En qué, señor?

ALEJANDRO: En que viendo

estoy mi defecto en él  
tan afectado que pienso  
que en decírmele no más  
todo el estudio habéis puesto;  
con que igualmente ofendido  
déste, que desotro, quedo;  
pues lo que en uno es lisonja  
es en otro atrevimiento.

Tampoco aqueste ejemplar  
quede al mundo, de que necio  
nadie le diga en su cara  
a su rey sus sentimientos;  
que, si especie de traición  
el callarlos es, no es menos  
especie de desacato  
decírseles descubiertos.

Y así perezcan entrambos,

breves átomos del viento,  
el uno por mentiroso  
y el otro por verdadero.

*Rómpele*

Apeles, vuestro retrato  
veamos.

APELES:                      Con temor le ofrezco.

*Dale un retrato*

ALEJANDRO:      ¿Por qué? si al verle, me dais  
a entender prudente y cuerdo  
que sólo vos sabéis cómo  
se ha de hablar a su rey, puesto  
que a medio perfil está  
parecido con extremo;  
con que la falta ni dicha  
ni callada queda, haciendo

que el medio rostro haga sombra  
al perfil del otro medio.

Buen camino habéis hallado  
de hablar y callar discreto;  
pues, sin que el defecto vea,  
estoy mirando el defecto,  
cuando el dejarle debajo  
me avisa de que le tengo,  
con tal decoro que no  
pueda, ofendido el respeto,  
con lo libro del oírlo,  
quitar lo útil de saberlo.

Este retrato ha de ir;  
que, aunque haya de saber luego  
Rojana esta imperfección,  
por ahora por lo menos,  
si viere que se la finjo,  
no verá que se la miento.  
Y para que quede al mundo  
este político ejemplo  
de que ha de buscarse modo  
de hablar al rey con tal tiento

que ni disuene la voz  
ni lisonjee el silencio,  
nadie, sino Apeles, pueda  
retratarme desde hoy, siendo  
pintor de cámara mío.

APELES: Humilde tus plantas beso.

### *A EFESTIÓN*

ALEJANDRO: Y tú a Zeuxis y a Timantes  
haz que les den al momento  
el precio de sus retratos;  
que, porque yerre un ingenio  
tal vez, no se han de pagar  
los estudios con desprecios.  
Y para que en mi servicio  
entre con más lucimiento  
Apeles, haz que le den  
al punto medio talento  
por este retrato.

## A ALEJANDRO

EFESTIÓN: ¿Sabes

lo que monta?

ALEJANDRO: No, por cierto.

EFESTIÓN: Veinte mil escudos son.

ALEJANDRO: ¿No más? Pues dale otro medio.

EFESTIÓN: Mira que es precio excesivo para Apeles.

ALEJANDRO: Calla, necio;

que si él es Apeles, yo soy Alejandro y, midiendo la distancia desde mí, nada es excesivo precio.

APELES: Otra vez beso tus plantas; y a tantas honras me atrevo a suplicarte que una añadas.

ALEJANDRO: Yo te la ofrezco.

¿Qué es?

APELES: Licencia de volver  
a mi casa el breve tiempo  
que tarde en traer mi familia.

ALEJANDRO: Ve, mas has de volver presto.

--

## A CHICHÓN

Vos, soldado, mientras yo  
abro en mi tienda este pliego,  
aquí esperad; que hemos de ir  
a aquella visita.

APELES: ¡Cielos,  
gran dicha ha sido la mía!

TIMANTES: Corrido voy.

ZEUXIS: Yo voy muerto.

EFESTIÓN: Mientras a su tienda vuelve  
el César, id repitiendo:

TODOS: ¡El gran Alejandro viva!

¡Viva el gran Príncipe nuestro!

*Vanse todos menos APELES y CHICHÓN*

CHICHÓN: Aunque hablarte había  
dudado,  
no me sufre el corazón  
no besar tus pies.

APELES: ¿Chichón?  
Tú seas muy bien hallado.  
¿Por qué no hablarme querías,  
viéndome hoy aquí?

CHICHÓN: Porque,  
como tu casa dejé,  
pensé que de mí tendrías  
queja.

APELES: Cuando esclavo fueras,  
cuanto más criado, no  
tuviera esa queja yo;  
pues si bien lo consideras,  
hago a Júpiter testigo  
que este brazo me cortara,  
si este brazo imaginara

que no estaba bien conmigo.

CHICHÓN: No era estar contigo mal;  
pensar que estaría, señor,  
siendo soldado, mejor;  
bien que de discurso tal  
te han vengado mis sucesos;  
pues fueron necios errores,  
por no moler tus colores,  
venirme a moler mis huesos.

Locamente me dejé  
llevar de la vanidad,  
pensando que era verdad  
esto de la guerra, y que  
a cuatro días sería  
por lo menos general.  
Hanme dicho el dado mal,  
tanto que la suerte mía  
de mochillero no pasa;  
y así, ya que aquí has venido,  
haz que aqueste pan perdido  
se vuelva otra vez a casa.

Ya de Alejandro criado

eres, y un talento tienes  
de hacienda, con que a ser vienes  
el más rico de tu estado.

Fuerza es que has de recibir  
quien te sirva; pues ¿a quién  
como a mí, sabiendo bien  
lo mal que te he de servir?

APELES:                   ¿Y ésa es conveniencia?

CHICHÓN:   Pues,

¿qué conveniencia mayor  
que ver desde ahora, señor,  
lo que has de pasar después?

¿Sería mejor que entrara  
a servirte un mogigato,  
que a dos días de beato  
el tercero te robara?

¿Cuánto más bien te está que  
yo entre, con conocimiento  
que te quitaré el talento,  
mas no te le robaré?

APELES:                   ¿Aun todavía te estás,  
Chichón, de aquel mismo humor?

CHICHÓN: Humores locos, señor,  
no convalecen jamás.

Pero dime, ¿en qué quedamos?

APELES: En que yo nunca podré  
negarte mi casa.

CHICHÓN: Pie  
y mano te beso.

APELES: Vamos  
a saber lo que es servir

CHICHÓN: Si no lo sabes, sospecha  
que es religión bien estrecha.

### *Dentro instrumentos*

APELES: ¿Cómo? Mas ¿qué es lo que a oír  
llego?

CHICHÓN: Un templado instru-  
mento.

APELES: Y al compás suyo, parece  
que sonora voz ofrece  
nuevas cláusulas al viento

desde aquella quinta.

CHICHÓN:

Aquí,

si no miente el juicio mío,  
prisioneras de Darío,  
que están las hijas oí.

Y como consigo tienen  
las beldades soberanas  
de tantas damas persianas  
como en su servicio vienen,  
querrán aliviar su pena.

APELES:        No es novedad en su esquivo  
hado cantar el cautivo  
con el son de la cadena.

Oye; que la simpatía  
tras sí arrastrarme procura  
que tienen con la pintura  
la música y la poesía.

*Cantan dentro en lo alto a un lado*

VOZ 1:

*Sobre los muros de Roma,*

*de quien es espejo el Tíber,  
prisionera de Aureliano,  
Cenobia al aire repite:*

*TODAS: ¡Ay de aquélla que vive  
en campos extranjeros sola y triste!*

*Dentro*

*ESTATIRA: ¡Ay de aquella que vive  
en campos extranjeros sola y triste!*

CHICHÓN: No conforman tono y letra  
mal a su estado, pues son  
de Cenobia a la prisión.

APELES: ¿Qué sentido no penetra  
la música?

CHICHÓN: En la batalla  
suele Alejandro mandar  
a sus músicos cantar  
para animarse.

APELES: Oye y calla.

*Al otro lado en lo alto cantan*

VOZ 2: *Aquella ilustre matrona  
que no se rindió invencible  
a tantas armadas huestes,  
a sólo un dolor se rinde.*

TODAS: *¡Ay de aquélla que vive  
en campos extranjeros sola y triste!*

*Dentro*

SIROÉS: *¡Ay de aquélla que vive  
en campos extranjero sola y triste!*

APELES: *Sus penas dan que sentir.*

CHICHÓN: *Por eso debe de ser*

*Alejandro no las ver.*

APELES: *Ni yo las quisiera oír.*

VOZ 1: *Y como el llanto tal vez  
templa lo que el mal aflige...*

VOZ 2: *en lágrimas y suspiros  
al aire y al agua dice...*

LAS DOS: *¡Ay de aquélla que vive...*

TODAS: *¡Ay de aquélla que vive...*

LAS DOS Y TODAS: *en campos extranjeros sola...*

*Dentro ruido de espadas, y dice dentro CAM-  
PASPE  
lastimada*

CAMPASPE: *¡Ay triste!*

*Dentro*

SOLDADOS: *¡Prendedla o muera!*

APELES: *¡Oye, espera!*

*¿Qué es lo que llego a escuchar?*

CHICHÓN: *Aquéste es otro cantar.*

CAMPASPE: ¡Ay de mí!

SOLDADOS: ¡Prendedla o muera!

APELES: De unos soldados seguida,  
de aquel monte, al parecer,  
una montaraz mujer  
baja, en su sangre teñida,  
defendiéndose valiente  
de todos.

*Quiere ir adentro*

CHICHÓN: ¿Adónde vas?

*Detiénele*

APELES: ¿Cómo eso dudando estás?  
A socorrerla...

CHICHÓN: ¡Detente!

APELES: desos cobardes villanos.

CHICHÓN: ¿De qué sabes que lo son?

APELES: De que con infame acción  
ponen en mujer las manos.

CHICHÓN: Ya no podrás; que en un  
vuelo,  
de sus armas acosada,  
desde el monte despeñada  
da a tus pies.

*Sale CAMPASPE cayendo, vestida de cazadora  
rústica, con la  
espada en la mano, ensangrentado el rostro*

CAMPASPE: ¡Válgame el cielo!

APELES: Hermosa deidad del monte,  
que con despeñado ultraje,  
a no desmentirlo el traje,  
te tuviera por Faetonte,  
pues te traes la luz tras ti  
de toda esa azul esfera,  
vive, porque ella no muera.

CAMPASPE: ¡Ay, infelice de mí!



APELES: De esta suerte.  
--Ponte, Chichón, a mi lado.

*Riñen*

CHICHÓN: ¿No basta que sea Chichón,  
sino también coscorrón?

SOLDADO 1: Muera quien libre y osado  
ampara una delincuente.

APELES: Huye, señora; que yo  
te guardo el paso.

CAMPASPE: Eso no;  
que, restándote valiente  
tú por mí, no he de dejarte.  
En este umbral te mejora.

*Pónese a una puerta*

CHICHÓN: Marimacha es la señora.

SOLDADO 1: Ni guardarla es ni guardarte.

APELES:                    ¡Ay de mí!

*Cae*

CAMPASPE:                    ¿Qué estoy mirando?

APELES:                    Matar a un tiempo y morir.

*Dentro*

MUJERES:                    No salgas.

ESTATIRA:                    He de salir.

*Pásase CHICHÓN contra CAMPASPE*

CHICHÓN:                    Pásome acá, que van dando.

SOLDADO 2:                    ¿Ya qué defensa hay que aguardes?

Date, pues que no hay más plazos,

a prisión.

CAMPASPE: Hecha pedazos.

*Salen ESTATIRA, SIROÉS, CLORI, NISE y SOLDADOS*

ESTATIRA: ¿Contra una mujer, cobardes?

SOLDADOS: Advierte...

ESTATIRA: No digáis nada.

Ese joven retirad;  
y si no ha muerto, cuidad  
de su salud, albergada  
en vuestra guardia. --Y ahora  
vosotros esta mujer  
dejad, pues se llega a ver  
en mi amparo.

SOLDADOS: Ya, señora,  
tu respeto nos ha puesto  
freno.

ESTATIRA: Retiraos de aquí.

CAMPASPE

CAMPASPE: ¿Qué es lo que pasa por mí?

*Retírase. Salen ALEJANDRO y EFESTIÓN*

EFESTIÓN: Aquí es el ruido.

ALEJANDRO: ¿Qué es esto?

SOLDADO 1: Esto es...

ESTATIRA: No prosigáis, no, villanos; que no ha de osar nadie a hablar ni a respirar adonde estuviere yo.

*A ALEJANDRO*

EFESTIÓN: (Que son las infantas mira.)

ALEJANDRO: (Ya hablarlas cosa es forzosamente.)

¿Qué es esto, Siroés hermosa?

¿Qué es esto, bella Estatira?

Que ya mi valor aplica

la venganza a vuestros pies.

CHICHÓN: ¿Estatira y Siroés?

¿Son infantas de botica,

donde todo es jerigonza?

NISE: Así una y otra se llama.

CHICHÓN: Pues dadme désa una drama,

que ésta ella dará una onza.

ESTATIRA: Esto es el poco decoro

que debe a tu Majestad

la sagrada inmunidad

de la guerra, pues no ignoro

que, si a mi hermana y a mí

prisioneras nos tratara

conforme a la ilustre y clara

real sangre nuestra, no así

sus soldados se atrevieran

a profanar desleales

el respeto a estos umbrales;

pero si ellos consideran

el despego con que no  
quiso hablarnos, quiso vernos,  
desde que llegó a tenernos  
en su campo, hasta que dio  
esta ocasión el acaso,  
¿qué mucho que a su ejemplar  
el tumulto popular  
no haga de nosotras caso?  
Sin ver que el ser prisioneras  
no es ser esclavas, pues una  
cosa es mostrar la fortuna  
en nosotras sus severas  
iras, y otra no tener  
en la ley de la prisión  
el trato y la estimación  
que no perdió nuestro ser  
con la libertad, el día  
que padre y patria perdió;  
que, aunque a Júpiter juró  
que libres no nos vería,  
a cuyo efecto en rescate  
nuestro tan grande tesoro

pidió en piedras, plata y oro,  
que no es posible se trate  
cumplir; no por eso había  
yo de dejar de ser yo.  
Y para que vea si dio  
ejemplar a la osadía  
de sus soldados, habiendo  
oído en mi cuarto el rumor,  
vi desde ese mirador  
un infeliz defendiendo,  
su esposa o su dama sea,  
la vida de una mujer,  
que lo mismo viene a ser  
cuando en su amparo se emplea,  
para cumplir con su fama;  
pues consecuencia es forzosa  
que no defienda a su esposa  
quien no defiende a su dama.  
Robársela pretendían,  
sin duda; pues al llegar,  
que la habían de llevar  
en altas voces decían.

él, mirándose acosado,  
para resguardo tomó  
esta puerta, donde no  
le valió el noble sagrado,  
pues en ella y a mis pies,  
aun defendiéndole yo,  
herido o muerto cayó.

ALEJANDRO: Una y otra queja es  
muy digna de ti; y ahora,  
respondiéndote, primero  
que te desenoje, quiero  
satisfacerte, señora,  
a la primera que das  
de no haberte visto; pues  
piedad, no despego, es  
huir tu vista; que si estás  
de mis armas prisionera,  
¿para qué te había de ver?  
Puesto que no había de ser  
que la libertad te diera.  
Ver yo presa una beldad,  
para dejármela presa,

es cosa en que no interesa  
crédito mi autoridad;  
y más si llorara, siendo  
así que vivo temblando  
más a una mujer llorando  
que a un ejército venciendo.  
Si a Júpiter le ofrecí  
no libraros, noble indicio  
fue del mayor sacrificio  
que hacer pude; y si pedí  
perlas de tan gran valor,  
fue de mi estimación muestra,  
pues aun una esclava vuestra  
valiera precio mayor;  
y pues piadoso mi acción  
ya en aquesta parte deja  
hoy respondida la queja,  
paso a la satisfacción.

*A SOLDADOS*

--¿Cómo, cobardes villanos,  
hacéis de delitos tales  
cómplices estos umbrales?  
¡Por los dioses soberanos,  
que vuestras vidas...

SOLDADO:

Señor,

no, mal informado, des  
crédito al enojo, pues  
no es tan ciego nuestro error  
como imaginas; que aquella  
mujer que hasta aquí llegó  
y aquel joven defendió,  
no era por ser dueño della,  
sino porque altivo y fuerte  
se empeñó, habiendo intentado  
prenderla, por haber dado  
a Teágenes la muerte.

ALEJANDRO:           ¿Quién muerte a Teágenes  
dio?

SOLDADO:           La mujer que seguí fue.

ALEJANDRO:        ¿Muerta a Teágenes? ¿Por  
qué?

*Sale CAMPASPE*

CAMPASPE:        Eso he de decirlo yo.

Invicto Alejandro, a cuyo  
valor son materia fácil,  
si a tu duración aspiras,  
el bronce, el mármol y el jaspe;  
pues a tu sagrado nombre  
apellidan inmortales  
esculpidas letras de oro  
en láminas de diamante:  
tú, que desde los primeros  
años de tantas campales  
lides saliste bien, como  
brazo derecho de Marte,  
siendo en la tierra tus huestes  
y siendo en el mar tus naves  
siempre vencedor de todos,  
nunca vencido de nadie;

hijo del grande Filipo  
(esto que te diga baste,  
pues no hay que ser más que ser  
hijo de Filipo el grande):  
a tus plantas delincuente  
hoy una mujer se vale,  
más en la fe de tus iras  
que no en la de tus piedades.  
No, pues, generoso quiero  
que me escuches, sino antes  
severo; porque es mi culpa  
tan heroicamente amable  
que, a precio de que la sepas,  
no rehusó que la mandes  
castigar, como el padrón  
diga en mi huesa: "Aquí yace  
quien osó morir valiente,  
porque osó vivir constante."  
Hija soy de Timoclea,  
griega matrona, a quien hacen,  
como a deidad destes montes,  
sacrificios estos valles.

Difunto su ilustre esposo,  
conmigo, en años infante,  
a llorar su viudedad  
se vino a estas soledades,  
donde una hermosa alquería  
que en la cerviz dese Atlante,  
verde pedazo de cielo,  
registra montes y mares,  
fue su albergue y fue mi cuna,  
sin que nunca a ver llegase  
ni más políticas gentes  
ni más pobladas ciudades  
que estos riscos y estas breñas;  
en cuyas austeridades  
crecí, tan hijos del campo  
mis afectos montaraces  
que, pirata de la selva,  
que, bandolera del aire,  
[en dos elementos] reina  
de las fieras y las aves,  
el nombre de Timoclea,  
último don de mi madre,

no sin jactancia al oírle,  
me trocó en el de Campaspe,  
como quien dice, campestre  
deidad de uno y otro margen.  
Pero ¿qué mucho? si como  
yo el venablo desembrace,  
como yo la flecha vibre,  
no hay en términos distantes  
pluma que el abril matice  
ni piel que el diciembre manche  
que por feroz se redima  
ni que por veloz se salve,  
hasta que ala o testa en  
boreal venatorio examen  
a mis umbrales no sea  
adorno de mis umbrales;  
tanto, que el que peregrino  
a ellos llega con pie errante,  
al ver colgadas las armas  
en su frontispicio sabe  
que, como reina de montes,  
tengo guarda de animales.

Parece que del fracaso  
que hoy a tus plantas me trae  
la digresión me retira;  
pues no; que, para que pasen  
mis desdichas a su extremo,  
es fuerza prevenir antes  
que caen sobre sujeto  
tan fiero y tan intratable  
como el mío, porque hay  
delitos menos culpables  
en unos sujetos que otros;  
y para haber de juzgarse  
conviene que el juez distinga  
sobre qué sujeto caen,  
porque tiene no sé qué  
prerogativas aparte,  
para ser tal vez altiva,  
la que nunca ha sido fácil.  
Y así, asentado que yo  
siempre en ejercicios tales  
ignoré de Flora y Venus  
las dos profanas deidades,

tanto, que amor a mi oído,  
si acaso le nombra alguien,  
me suena como ruidoso,  
pero no como süave,  
voy a que, habiendo tu gente  
alto hecho en ese admirable  
país de Grecia, porque en él  
de tantas marchas descanse,  
una desmandada tropa  
destos soldados, que infames  
califican lo que es hurto  
con nombre de que es pillaje,  
como si mudara especie  
la ruindad por mudar frase,  
a mi alquería llegó  
(vergüenza es que en esto hable,  
mas mejor están desnudas  
que vestidas las verdades),  
donde vilmente enconados  
en robar dos recentales,  
se trabaron de cuestión  
con los bárbaros gañanes

que mis labranzas cultivan  
y que mis ganados pacen.  
A este ruido, pues, llegamos,  
casi a concurrir iguales,  
yo, que del monte venía,  
y uno de tus capitanes,  
cuyo nombre no le supe,  
hasta oír aquí nombrarle.  
Saludámonos corteses,  
y acudiendo a reportarles,  
retiré mi gente yo  
y él la suya, sin que pase  
más adelante su duelo  
que no pasar adelante.  
¿Quién creerá que nuestras guerras  
naciesen de nuestras paces?  
Hasta dejarme en mi quinta  
me fue acompañando. Nadie  
en lo galante se fíe,  
porque suele lo galante  
afeitar a lo traidor  
la tez, bien como sagaces

las astucias de las flores  
las asechanzas del áspid.  
Despidióse de mí; y cuando  
tranquilas seguridades  
de la paz de mis sentidos,  
ociosamente agradables,  
me adormecían, al son  
de unos sonoros cristales  
que en un jardín entonaban  
en bien templados compases  
la natural armonía  
de las copas de los sauces,  
sentí ruido y vi por una  
pared de hiedra arrojarse  
un hombre al jardín, rompiendo  
la muda clausura al parque.  
Turbóme no conocido  
primero; pero al instante  
que distinguí de más cerca  
el rostro, persona y traje,  
conocido me turbó,  
por dar de ladrón señales,

que por las paredes entre  
el que ya las puertas sabe.  
"¿Qué es esto?" dije y no pude  
proseguir, porque a la cárcel  
de mis ya presos alientos  
torció el corazón la llave.  
Lo mismo debió (¡ay de mí!)  
de sucederle y pasarle  
a él, porque, aunque hablar quiso,  
fue solo con el semblante;  
de suerte que, por algún  
espacio los dos iguales  
hablamos como por señas,  
él suspenso y yo cobarde,  
hasta que, ya prorrumpida  
en mal troncadas mitades  
la voz, vino a decir una  
para mí tan disonante  
que él pensó que era lisonja  
y yo pensé que era ultraje.  
"Amor" fue, como quien pone,  
cuando algún volumen hace,

la inscripción en el principio,  
para que ninguno extrañe  
la materia o la cuestión  
que ha de tratar adelante.  
No le di yo tanta espera,  
porque al ir a pronunciarle,  
veloz la espalda volví,  
mas no tanto que en mi alcance  
no le valiese la acción  
lo que la voz no le vale.  
La mano me echó y yo, viendo  
(¡oh, aquí el aliento me falte!)  
que libertades no dichas  
eran hechas libertades,  
dictada no sé de quién,  
de mi honor o mi coraje,  
me hallé su espada en la mano,  
sin saber quién se la saque  
de la cinta; bien que ahora  
lo sé, pues, para acordarme  
que fue él, el corazón,  
al ver que en dudar le agravie,

como quien dice "yo fui",  
en mudos impulsos late.  
él, haciendo licencioso,  
con risueñas falsedades,  
de mi amenaza desprecio,  
de mi cólera donaire,  
segunda vez a mi mano  
la mano osó, pero en balde,  
pues cuando pensó que eran  
mujeriles ademanes,  
la esmeralda de las flores  
tiñó de su rojo esmalte.  
"¡Muerto soy!" dijo; y al eco  
de sus repetidos ayes  
los que de escolta tenía  
a golpes la puerta abren.  
Furiosos entran y, viendo  
el desangrado cadáver,  
conmigo embisten. Yo, entonces,  
por un postigo que cae  
al monte, me puse en fuga;  
ellos tras mí al monte salen.

Tal vez lidio y tal vez corro,  
hasta que, sin que me amparen  
valor ni fuga, cayendo  
vine desde el monte al valle,  
donde un generoso joven,  
o de honrado o de arrogante,  
puesto en mi defensa, impide  
que me prendan o me maten,  
tan a toda costa que  
fue su vida mi rescate;  
de suerte que, de dos vidas  
deudora, a tus plantas reales,  
de dos muertes delincuente,  
me arrojó, para que pague,  
no la muerte que yo hice,  
sino la que esotros hacen;  
pues más culpada en aquésta  
que en esotra soy, si añades  
al blasón de la primera  
de la segunda el desastre.

*De rodillas*

Con que a tus plantas, señor,  
poniendo a un tiempo delante  
sobre la sangre de uno  
de otro la espada y la sangre,  
humilde te pido (así  
del Peloponeso pases  
las siempre intrincadas breñas,  
cuyo nevado turbante  
sobre sus penachos vea  
tremolar tus estandartes,  
bien como el gran César vio  
teñir de púrpura el Ganges,  
trascendiendo desde el Tigris  
su lábaro hasta el Eufrates)  
que acabes, señor, conmigo,  
para que conmigo acaben  
tantas ansias, tantas penas,  
tantas iras, tantos males,  
tantos estragos y tantos  
escándalos y pesares

como amenazan mi vida  
y como mi alma combaten.

ALEJANDRO: Con llanto y valor a un tiempo  
los dos extremos tomaste  
a mi inclinación, mujer,  
sin saber determinarme  
si me obligues porque lloras  
o porque matas me agrades.  
--Prended a aquellos soldados.

*Prenden a los SOLDADOS, y quieren llevar a  
CHICHÓN*

CHICHÓN: A mí no, que yo a esperarte  
estaba para ir a aquella  
visita.

ALEJANDRO: Es verdad; dejadle  
a ése solo.

CHICHÓN: Tus pies beso.  
(El demonio que aquí aguarde Aparte

ni diga que es su criado,  
o muera Apeles o sane.)

ALEJANDRO: Mira, Estatira, si fueron  
o rigores o piedades  
las que usé contigo, pues  
lo hice por no obligarme  
a sentir, si tú sintieses,  
ni a llorar, si tú llorases.  
Y pues con este ejemplar  
respondo a las dos iguales,

*A CAMPASPE*

de parte de mi justicia,  
si no te sigue otra parte,  
perdonada estás, mujer;  
y para de aquí adelante  
o no mates, ya que llores,  
o no llores, ya que mates.

--Ven, Efestión.

EFESTIÓN:

¿Qué llevas?

Que dice mucho el semblante.

ALEJANDRO: No sé; pero mucho temo  
llanto y valor de Campaspe.

*Van ALEJANDRO y EFESTIÓN*

ESTATIRA: Aunque parezca que no  
es cortesano hospedaje  
el que una presa se atreva  
a convidar con su cárcel,  
si el horror de vuestra casa  
o de aquestas soledades  
el riesgo en tiempo de guerras  
permiten, ya que llegasteis  
aquí, que os quedéis conmigo  
será para mí de grande  
lisonja.

CAMPASPE: Vuestros pies beso.  
Y pues que no puede nadie  
pagar, si no es recibiendo,  
el favor que se le hace,

le admito hasta que de aquestos  
soldados asegurarme  
pueda.

ESTATIRA:                    Con nada pudisteis  
mejor el deseo pagarme.

Venid. --¡Siroés!

SIROÉS:                                    ¿Qué llevas?

Que dices mucho, aunque calles.

ESTATIRA:        No sé; pero mucho temo,  
imaginándole antes  
tan fiero a Alejandro, ver  
a Alejandro tan afable.

*Vanse ESTATIRA y SIROÉS*

NISE:                    Dicha ha sido para todas  
tal huéspedada.

CLORI:                                    De mi parte  
yo me doy la norabuena.

CAMPASPE:        ¡El cielo a las dos os guarde!  
(Oh, ¡qué de cosas, fortuna,        Aparte

Llevo que comunicarte!  
¡Quiera Júpiter, no sea  
a las futuras edades  
la tragedia de aquel joven  
asunto a la de Campaspe!)

## FIN DE LA JORNADA PRIMERA

## JORNADA SEGUNDA

*Salen ALEJANDRO, EFESTIÓN y  
SOLDADOS*

ALEJANDRO: Y, en fin, ¿qué supiste?  
EFESTIÓN: Supe  
que piadosamente bella  
se compadeció Estatira  
de sus contadas tragedias

y que, porque no volviese  
por ahora a una desierta  
alquería donde estaba,  
mientras la gente de guerra  
en estos montes se aloja,  
a tantos riesgos expuesta,  
la rogaba se quedase  
en su compañía, y ella  
lo aceptó, de suerte que  
donde hoy Campaspe se alberga  
es la quinta de Estatira.

ALEJANDRO:           Ambas anduvieron cuer-  
das,  
una en ofrecerlo y otra  
en aceptarlo, aunque fuera  
mejor para mí, que no  
anduviesen tan atentas.

EFESTIÓN:           Pues ¿por qué?

ALEJANDRO:                   Porque en su casa  
me fuera más fácil verla,  
pues no faltara ocasión  
para entrar tal vez en ella

con achaque de la caza.

EFESTIÓN: Quizá está la conveniencia  
en la dificultad.

ALEJANDRO: ¿Cómo?

EFESTIÓN: Como las correspondencias  
aun más prendadas se gastan  
con la lima de la ausencia;  
pues siendo así, ¿qué será  
la aun no prendada?

ALEJANDRO: Eso fuera  
en otro, pero no en mí.

EFESTIÓN: ¿Por qué?

ALEJANDRO: Porque mi violenta  
condición, bien como rayo,  
se irrita en la resistencia.

Sólo porque inconveniente  
ya en el primer paso encuentra,  
nace con mayor instancia  
y crece con mayor fuerza.

Pero dime, ¿quién a ti  
te contó lo que me cuentas?

EFESTIÓN: Tienen Siroés y Estatira

consigo mil damas bellas  
que a fuer de palacio tratan  
la prisión, y no desdeñan  
los públicos galanteos  
de algunos amantes. Destas  
Nise, una de las que cantan,  
porque tal vez se diviertan,  
a título que llevaba  
un papel mío una letra  
para cantar (que los versos  
suelen tener dos licencias),  
me la dio de hablarla hoy;  
y de una en otra materia  
me dijo lo que te he dicho.

ALEJANDRO:           Pues tú, para que yo sepa  
de Campaspe, has de asistir  
desde hoy con mayor fineza  
a esa dama, y disponer  
que nos sirva de tercera.

EFESTIÓN:           ¿Tanto la primera vista  
de una montaraz belleza,  
y más cuando ya Rojana

dicen que embarcada queda,  
pudo rendirte?

ALEJANDRO: ¿Qué quieres,

si, como ya dije, al verla  
una vez matando altiva,  
otra vez llorando tierna,  
a mi ánimo y mi piedad  
supo tomar las dos sendas;  
de suerte que el albedrío  
no tiene por donde pueda  
escapar, pues a ambas partes  
halla cerrada la puerta?

EFESTIÓN: Mejor medio hay.

ALEJANDRO: ¿Qué es?

EFESTIÓN: Que ya

que de Estatira la queja  
logró tus satisfacciones,  
las prosigas; pues con verla  
verás con ella a Campaspe.

ALEJANDRO: Bien a mi amor aconsejas;  
y así, en viendo ese prodigio,  
que es oráculo de Atenas,

a quien por curiosidad  
aun antes de la primera  
luz, porque no huya de mí,  
vengo buscando a esta selva,  
me pasaré por la quinta.

EFESTIÓN: De la boca de una cueva  
que a la falda de aquel risco  
melancólica bosteza,  
ya el soldadillo, que fue  
a buscarle, sale.

*Sale CHICHÓN*

CHICHÓN: Llega,  
señor; que en casa está el viejo.

ALEJANDRO: ¿Dijístele que a sus puertas  
estaba Alejandro?

CHICHÓN: Sí.

ALEJANDRO: Pues ¿cómo no sale a ellas,  
habiendo mi nombre oído,  
a recibirme siquiera?

CHICHÓN: Como dice que es temprano,  
porque el sol aun no calienta;  
que, en saliendo el sol, saldrá.

ALEJANDRO: Y ¿qué hacía?

CHICHÓN: En una media  
tinaja, llena de lana,  
metido hasta la cabeza  
estaba, que parecía  
degollado de comedia,  
sin que haya en todo el espacio  
más cama, silla ni mesa  
que un candil y cuatro libros.

ALEJANDRO: Hombre que en tanta mi-  
seria  
vive, de saber que yo  
vengo a verle ¿ni se altera  
ni se sobresalta más?

CHICHÓN: Y porque mejor lo veas,  
oye, que vuelvo a llamarle.  
--Señor Diógenes, advierta  
que viene a verle Alejandro.

## *Dentro*

DIÓGENES:           ¿Hele dicho yo que venga?  
Pues si yo no se lo he dicho,  
que se espere o que se vuelva.

ALEJANDRO:        No hay más que decir.

EFESTIÓN:                    O mucha  
constancia o locura es ésta.

ALEJANDRO:        Sea lo que fuere, ya  
hice capricho de verla;  
si es constancia, por aprecio,  
y si es locura, por fiesta.

--Bien podéis salir, que ya  
el sol sus rayos despliega.

*Sale DIÓGENES*

DIÓGENES:        Pues a ver el sol saldré;  
que, al fin, es el que me alienta,  
me anima y me vivifica.

ALEJANDRO: ¿De suerte que, si no fuera por el sol, lo que es por mí no salierais?

DIÓGENES: Lo que hiciera no sé; mas sé que él me trae en la regular tarea de las noches y los días esta luz hermosa y bella, y que vos no me traéis nada.

ALEJANDRO: Sí traigo.

DIÓGENES: ¿Qué?

ALEJANDRO: La respuesta de un recado que me dio vuestro ese soldado.

DIÓGENES: ¿Qué era? Que como cosa de poca sustancia no se me acuerda.

ALEJANDRO: ¿De poca sustancia es decir que en mi competencia sois vos más dueño del mundo que yo?

DIÓGENES: Ah sí, ya se me acuer-  
da,

es verdad, yo se lo dije.

Y si de escucharlo os pesa,  
perdonad, lo dicho dicho.

ALEJANDRO: Antes me huelgo, y por esa  
razón vengo a visitaros;

pues es justo que a ver venga  
Alejandro a un igual suyo.

DIÓGENES: Pues como entre iguales sea  
la visita. Ahí hay un tronco,  
sentaos; que yo en esta peña  
procuraré acomodarme.

*Siéntanse, y CHICHÓN hace que quita un piojo  
a*

*DIÓGENES*

ALEJANDRO: Agradezco la licencia. --  
¿Qué es eso?

CHICHÓN: Deste monarca



ni en vos hay queja ni en mí culpa.

ALEJANDRO: Y eso ¿en qué se prueba?

DIÓGENES: En que esto de los caprichos más quiere maña que fuerza.

ALEJANDRO: No decís mal. Pero vamos a saber de qué manera sois vos más dueño del mundo que yo.

DIÓGENES: Pues ¿no es evidencia que es más rico el que le sobra que el que le falta la hacienda?

ALEJANDRO: Claro está.

DIÓGENES: Luego si a vos sola una parte pequeña que os falta os trae desvelado, y no veis la hora de verla debajo de vuestro imperio, y a mí nada me desvela, porque no se me da nada que sea mía o no lo sea,

más rico soy yo que vos;  
pues a vos os falta esa  
parte que deseáis, y a mí  
me sobran todas aquéllas  
que no deseo. Y si no,  
pasemos a la experiencia  
a cuál está más contento:  
¿vos con toda esa grandeza,  
majestad y pompa, o yo  
con toda aquesta miseria,  
hambre y desnudez?

ALEJANDRO: No quiero  
aventurar el apuesta.

Pero la posteridad  
de una heroica fama eterna  
¿será vuestra o será mía?

DIÓGENES: Será mía y será vuestra.

ALEJANDRO: ¿Cómo?

DIÓGENES: Como quien dijere  
que vino Alejandro a Grecia  
dirá cómo visitó  
a Diógenes en ella;

con que en la historia vendremos  
a correr los dos parejas,  
vos por hacer la visita  
y yo por no agradecerla.

Fuera de que, ¿qué me importa  
que fama o no fama tenga,  
si un aliento de la vida  
hoy calladamente suena  
más que después todo el ruido  
de sus trompas y sus lenguas?

ALEJANDRO:           Pues siendo así que la vida  
es lo que se goza della,  
vos no la gozáis, yo sí.

Y para que lo veáis, sea  
éste también mi argumento,  
para que a escuchar no vuelva  
que no vengo a traeros nada.

¿Qué queréis que mi grandeza  
os dé?

DIÓGENES:           Con que no me quite  
mi vanidad se contenta..

ALEJANDRO:           Con que no os quite... ?

DIÓGENES: Sí.

ALEJANDRO: Pues

decidme, por que lo sepa.

¿Qué es lo que yo os quito?

DIÓGENES: El sol

que va tomando la vuelta.

Y así pasaos aquí, no

me quitéis, por vida vuestra,

lo que no me podéis dar.

ALEJANDRO: Yo os estimo la advertencia.

Y pues que ya os doy el sol,

daros lo demás quisiera.

¿Qué queréis que por vos haga?

DIÓGENES: A tan general promesa,  
liberal y generosa,

darme por vencido es fuerza.

Ahora bien, haced por mí . . .

ALEJANDRO: Decid, nada os enmudezca.

¿Qué queréis que haga por vos?

*Levanta DIÓGENES una flor del suelo*

DIÓGENES: Sola otra flor como ésta.

ALEJANDRO: Eso fuera ser criador;  
no cabe en la humana esfera  
tan soberano atributo.

DIÓGENES: Pues ¿qué hay que os des-  
vanezca?

Si vuestro poder no basta  
a hacer una inútil yerba,  
que da el prado tan de balde  
que la paca cualquier fiera,  
que cualquier ave la pica  
y la aja cualquier huella,  
id con Dios; y a los que estudian  
las desengañadas ciencias  
que en ese azul libro y ese  
verde libro nos enseñan  
ya caracteres de flores  
y ya imágenes de estrellas,  
porque aprendamos a un tiempo

divinas y humanas letras,  
investigando ingeniosos  
aquella causa primera  
de todas las otras causas,  
no vengáis a hacerles pruebas  
de qué quieren o qué estiman;  
que no hay que estimen ni quieran,  
sino sólo desengaños.

Y porque mejor se vea  
cuál es más rico tesoro,  
la majestad o la ciencia,  
ya que la primera huisteis,  
vaya la segunda apuesta:  
a cuál necesita antes  
o yo de vuestras riquezas  
o vos de mis ciencias.

ALEJANDRO:

Yo

quiero, porque no parezca  
que ambas apuestas rehusó,  
entrar satisfecho en ésta  
de que nunca necesite  
de vos.



ALEJANDRO: Mal, Efestión, le afrentas;  
que si hubiera de dejar  
de ser quien soy, y estuviera  
en mí elegir lo que había  
de ser, ten por cosa cierta . . .

EFESTIÓN: ¿Qué?

ALEJANDRO: Que, no siendo Ale-  
jandro,  
ser Diógenes quisiera.

EFESTIÓN: En los bronces de la fama  
vivirá en el mundo eterna  
esa sentencia.

CHICHÓN: Y quizá  
habrá en el mundo poeta  
que della se ría, diciendo  
que es delirio y no sentencia  
que celebra el lisonjero.

*Dentro*

UNOS: ¡Al monte!

OTROS: ¡Al valle!

OTROS: ¡A la selva!

*Sale el SOLDADO*

SOLDADO: Estatira y Siroés,  
como ya mandaste, al verlas,  
aliviarlas la prisión,  
usando de la licencia,  
al coto que de su estancia  
las altas paredes cerca,  
dicen que a caza han salido.

ALEJANDRO: ¿Si habrá salido con ellas  
Campaspe?

EFESTIÓN: Pues ¿quién lo duda  
y que suya, señor, sea  
toda aquesa montería  
y a enseñar el monte venga?

ALEJANDRO: Pues un caballo me dad;  
que como acaso quisiera  
salirles al paso. (Amor,

guía mis plantas, y emplea  
tus dos mejores alhajas  
en los dos, el arco en ella,  
pues cazadora es, y en mí,  
pues que voy ciego, la venda.)

*Vanse todos y queda CCHICHÓN*

TODOS:                    ¡A la selva, al valle, al monte!

*Dentro*

CHICHÓN:                ¡Que haya en el mundo  
quien tenga  
inclinación a la caza,  
y se ande buscando fieras,  
habiendo rubias y romas!  
Pero ahora que se me acuerda  
de un amo que Dios me dio

y me quitó a la hora misma,  
¿qué se habrá hecho? Porque  
como con tan grande priesa  
mandó a su guarda Estatira  
quitarle de su presencia,  
y ellos allá le llevaron,  
a tiempo que en la pendencia  
yo había vuelto la casaca,  
y disimular fue fuerza  
ser mi amo, nunca más  
supe dél. ¿Qué diligencia  
haré? Pero ¿quién me mete  
en que publique el hacerla  
mi ruindad? Si hubiere muerto,  
no hayan miedo que acá vuelva  
a acusar la rebeldía,  
ni a tomar la residencia;  
y si no, no faltarán  
disculpas, cuando parezca.  
Y así es lo mejor no darme  
por entendido.

*Vase. Dentro*

UNOS: ¡A la selva!  
OTROS: ¡Al valle!  
OTROS: ¡Al monte!

*Sale CAMPASPE con arco y flechas*

CAMPASPE: Fortuna,  
ya que a mi patria me vuelvas,  
pues son mi patria los montes,  
permite (¡ay de mí!) que sea  
para que halle, como  
en mi propia esfera,  
piedad en sus riscos,  
blandura en sus peñas.  
En tanto que la batida  
hacia los puestos se acerca,  
que todas las damas ya  
tomado, aunque parezca

que contra mi mismo  
natural me mueva  
a emplear mis desdichas  
antes que mis flechas,  
en esta escondida parte  
desahogar quiero la fuerza  
de una prisión voluntaria  
que a todas horas me niega  
poder aun conmigo  
hablar. ¡Ay de aquélla  
que siente, sintiendo  
que el sentir se sienta!  
Y pues tan a todas horas  
los testigos que me cercan  
no me dejan respirar,  
¿qué mucho (¡ay de mí!) que vengan  
buscando mis ansias,  
buscando mis penas  
para mis suspiros  
aires de mi tierra?  
Troncos, riscos, plantas, flores,  
brutos, aves, peces, fieras,

cristales, fuentes, arroyos,  
cielo, sol, luna y estrellas,  
decidme, pues visteis  
todas mis violencias,  
si tuve yo culpa  
o desgracia en ellas?  
Pues siendo así que desgracia  
tuve y no culpa, ¿qué idea,  
qué aprehensión, qué fantasía,  
qué ilusión, qué sombra es ésta  
que a cualquiera parte  
que los ojos vuelva  
vaga me persigue,  
vana me atormenta?  
De aquel infelice joven  
que vi muerto en mi defensa  
tan vivas las señas traigo  
que a todas partes las señas  
que están me parece  
con la faz sangrienta  
diciéndome...

## *Dentro*

ALEJANDRO: ¡Dioses,  
piedad!

TODOS: ¡Qué tragedia!

CAMPASPE: ¿Qué voces (¡ay infelice!)  
las que iba a alentar alientan,  
porque en el decir las yo  
aun ese alivio no tenga?

ESTATIRA: ¡Acudid volando!

SIROÉS: ¡Socorred apriesa!

ALEJANDRO: ¡Cielos!

TODOS: ¡Qué desdicha!

ALEJANDRO: ¡Piedad!

TODOS: ¡Qué violencia!

*Sale ESTATIRA con arco*

ESTATIRA: ¿No hay quien su vida  
socorra?

CAMPASPE:                    Qué es esto, Estatira bella?

ESTATIRA:                    Que dentro de la batida  
cayó sitiada una fiera  
déstas que los griegos montes  
en sus entrañas engendran,  
salpicada a manchas,  
cuya ligereza  
nunca trae ociosas  
ni garras ni presas.

Los sabuesos y ventores  
que las traíllas sujetan,  
porque se lograsen antes  
que sus lides nuestras flechas,  
tomaron el viento  
de la tigre apenas  
cuando a los collares  
rompieron las cuerdas.  
Entre estos, pues, dos lebreles,  
atados a una cadena,  
salieron juntos a tiempo  
que en un caballo atraviesa

la senda Alejandro  
y, hollando la senda,  
a los pies del bruto  
se enlazan y enredan,  
de suerte que, alborotado  
se desboca y desatenta,  
sin que el freno le corrija  
ni le gobierne la rienda,  
llevándole, al choque  
de una y otra pega,  
a dar donde [el] bruto...

CAMPASPE:                   Oye, aguarda, espera;  
que primero que él peligré,  
sabré peligrar yo, atenta  
a la piedad que conmigo  
usó.

ESTATIRA:                   ¡Júpiter lo quiera!  
Que, aunque es mi enemigo,  
ya en más noble guerra,  
[de] su vida el alma  
es [la] prisionera.  
Veloz entre las dos lides

de los canes y la fiera,  
y del caballo y los canes  
su agilidad interpuesta,  
el arpón dispara  
de suerte que, hecha  
blanco de sus plumas  
una mancha negra  
que entre el codillo y la espalda  
señala, bien como en muestra  
de que está allí el corazón,  
le hiere en él. ¿Quién creyera,  
viviendo con alas  
el corazón, que ella  
le dé al corazón  
alas con que muera?  
A cuyo tiempo acudiendo  
al bruto que desalienta  
la enredada lid, le corta  
entrambos pies; de manera  
que el que amenazado  
precipicio era  
dispone que en fácil

caída se resuelva.  
Y tan fácil que en los brazos  
le recibe, porque tengan  
los celos siquiera un día  
alguien que los agradezca,  
o dígalo yo  
que agradezco verla.

*Sale CAMPASPE con un cuchillo de monte en  
la mano,  
y ALEJANDRO cayendo*

ALEJANDRO:                    ¡El cielo me valga!

CAMPASPE:                    Descansa y alienta;  
que ya de entrambos peligros  
seguro estás.

ALEJANDRO:                    ¿Quién pudie-  
ra,  
sino tu deidad, Campaspe,  
ser quien dos vidas me ofrezca?  
¿No bastaba altiva,

no bastaba tierna,  
sino liberal,  
para que no tenga  
retirada el albedrío?

*Salen SIROÉS, NISE y CLORI, todas con arcos  
y  
flechas*

TODAS:                      Aquí está Alejandro.  
SIROÉS:                      Sean  
las albricias de la vida  
tus pies.

*Arrodíllanse todas*

ALEJANDRO:                      Alzad de la tierra.  
ESTATIRA:                      A todas nos toca,  
a tus plantas puestas,  
darla a ella las gracias

y a ti norabuenas.

### *Sale EFESTIÓN*

EFESTIÓN: Ya que seguir del caballo  
no pude la ligereza,  
dame, gran señor, tus plantas,  
bien que llego con vergüenza  
al ver que, a vista de tantos,  
te socorra y favorezca  
una mujer.

ALEJANDRO: No fue tal,  
sino una deidad suprema  
que, en oposición de otras,  
su divinidad ostenta,  
haciendo que el mal  
en bien se convierta.  
Mas ¿quién sino el sol  
venciera una estrella?  
El nudo rompí gordiano,  
cuya osadía violenta

me dispuso a lo fatal  
del agujero que en sí encierra;  
y pues que ya la amenaza  
frustrada y vencida queda,  
¿quién duda que es deidad quien  
le quita al hado las fuerzas? --  
Y así, en hacimiento noble  
de gracias, Campaspe bella,  
tu retrato en ese templo  
colgaré, para que sea  
padrón a los siglos  
que diga a sus puertas  
que él sólo la tabla  
fue de mi tormenta.

CAMPASPE:                    En menos costa, señor,  
la vanidad mía quisiera  
que la deuda me pagarais,  
si la obligación es deuda.

ALEJANDRO:                ¿En qué? Que palabra os  
doy  
que no haya en mi obediencia  
dificultad imposible.

CAMPASPE:                    En que os vais a vuestra tienda  
a repararos; porque  
no habrá para mí fineza  
sino en la seguridad,  
señor, de la salud vuestra.

ALEJANDRO:                Aunque lo que pedís es  
tan a costa de la ausencia,  
esto es cumplir mi palabra.  
--Dios guarde a Vuestras Altezas.

Vase

EFESTIÓN:                Hermosa Nise, pues ves  
que ir tras Alejandro es fuerza,  
acuérdate de mi amor.

NISE:                        No haré tal; que será ofensa.

EFESTIÓN:                ¿Ofensa acordarte?

NISE:                        Sí;  
pues se olvida el que se acuerda.

## Vase EFESTIÓN

ESTATIRA: Bien puedes, Campaspe  
(¡ay cielo!)  
de tan noble acción como ésta  
estar muy desvanecida.

SIROÉS: Y más si en el templo llegas  
a ver tu retrato.

CAMPASPE: A mí  
nada hay que me desvanezca,  
sino merecer el nombre  
de una humilde esclava vuestra.  
Pero ya que de mi poca  
política he dado muestras,  
diciendo cuán ruda hija  
soy destes troncos y peñas,  
no por vanidad, sinó  
por noticia...

ESTATIRA: Di.

CAMPASPE: Quisiera  
saber qué cosa es retrato.

SIROÉS:                   ¿Nunca ha visto tu rudeza  
el primor de la pintura?

CAMPASPE:               Pintura ya sé qué sea;  
que en el templo he visto tablas  
que, de colores compuestas,  
ya representan países,  
ya batallas representan,  
siendo una noble mentira  
de la gran naturaleza;  
pero retrato no sé  
qué es.

ESTATIRA:                Pues que es lo mismo  
piensa,  
con la circunstancia más  
de que la copia parezca  
al original de quien  
se saca.

CAMPASPE:                ¿Y de qué manera  
se saca?

ESTATIRA:                Veráslo cuando  
a hacer el retrato vengan.  
Y ahora quédate aquí,

para que a la quinta puedas  
guiar la gente, mientras yo  
doy a la quinta la vuelta. --

¡Clori! ¡Nise!

CLORI Y NISE:  
¿das?

¿Qué nos man-

ESTATIRA:                Para templar mis tristezas,  
los instrumentos bajad  
a los jardines.

SIROÉS:                                ¿Qué llevas?

ESTATIRA:                ¿Qué me andas pregun-  
tando  
siempre? Lo que fuere sea.

*Vase*

SIROÉS:                                ¡Qué notable condición!

*Vase*

NISE: Ven, probaremos la letra,  
Clori, de aquel cortesano  
antes de cantarla.

CLORI: Fuerza  
es, Nise, que tú la aplaudas,  
pues eres tú a quien celebra.

NISE: La cortesanía me mueve  
más que la lisonja, fuera  
[de que] ser querida, Clori,  
a ninguna mujer pesa.

*Vase*

CLORI: Ni ninguna de ver que otra  
es la querida se huelga.

*Vase*

CAMPASPE: Ya que segunda vez, cie-  
los,

sola en mis montes me dejan,  
paréntesis a mis ansias  
lo que ha sucedido sea;  
y demos, discurso,  
segunda vez vuelta  
a aquella memoria  
que tanto me cuesta.

¿Qué aprehensión, qué fantasía,  
qué ilusión, sombra o idea  
(aquí quedé) es ésta que  
a cada paso me cerca,  
sin que el claro día  
ni la noche negra  
o la luz me alumbre  
o el sueño me venza?

Parece (¡ay de mí!) que al dar  
al día y la noche quejas  
de lo que la una me aflige,  
lo que la otra me desvela,  
una y otra quieren  
hoy satisfacerlas,  
pues que mis sentidos

turban y potencias.  
Permite, infelice joven,  
que horroroso representas  
siempre tu sombra a mi vista,  
siquiera un instante treguas  
a tantos horrores;  
que no te hago ofensa,  
pues son muerte y sueño  
una cosa mesma.  
Y puesto que ya la gente  
toda a la quinta se acerca,  
y yo no hago falta, oh tú,  
intrincado seno, alberga  
vivo un cadáver.

*Duérmese. Sale APELES*

APELES:  
¿adónde mis pasos llevas,  
sin saber qué puerto  
elijan ni tengan

Fortuna,

tantas ansias, tantas  
desdichas y penas?  
¿Quién creerá que haber caído  
tan sin sentido, en defensa  
de aquel prodigio, que hallarme  
sin saber a quién le deba  
la piedad adonde  
la humilde miseria  
de un cuerpo de guardia  
herido me tenga;  
que haber callado mi nombre,  
porque Alejandro no sepa  
que reñí con sus soldados;  
que, mal cobradas las fuerzas,  
salga a ver el día,  
siguiendo esta senda  
sin guía, sin rumbo,  
sin norte, ni estrella:  
nada me aflige, ni nada  
me turba ni desconsuela,  
sino sólo no saber  
qué mujer, cielos, fue aquélla

que el verla (¡ay de mí!),  
pagándome en verla,  
hizo mi fortuna  
próspera y adversa?  
Decidme, montes, pues fuisteis  
testigos de mis tragedias,  
decidme, aves, fieras, plantas,  
flores, troncos, riscos, peñas,  
si hallaré, pues mi hado  
perdido no encuentra  
quien de mí me diga,  
quien me diga della?

¿Murió en faltándola yo?

*Habla entre sueños CAMPASPE*

CAMPASPE: No...

APELES: ¿Tuvo, cuando ausente estuve,...

CAMPASPE: tuve...

APELES:                    quien venciase en su disculpa?

CAMPASPE:                la culpa...

APELES:                    ¿Qué eco a mi voz respondió?

CAMPASPE:                yo.

APELES:                    ¡Cielos! ¿Si es verdad o no que el aire me ha respondido?

Pues ha sonado en mi oído...

LOS DOS:                  "no tuve la culpa yo."

APELES:                    ¿Si oí bien o mal habrá quien...

CAMPASPE:                Bien...

APELES:                    me diga, y si verdad fue...

CAMPASPE:                que...

APELES:                    que en mi desdicha fue dicha?

CAMPASPE:                la desdicha...

APELES:                    ¿Tuvo amparo cuando anduve?

CAMPASPE:                tuve.

APELES:                    Otra vez fuerza es que hube

de dudar, si es que colijo  
que el eco otra vez me dijo...

LOS DOS: "bien que la desdicha tuve."

APELES: Mas no, ilusión es ligera;

que el eco no habló en lo hueco;

pues no me dijera el eco

lo que yo no le dijera;

y así por toda esta esfera

desta voz iré buscando

el dueño. ¿Qué estoy mirando?

¿Cómo es posible que, siendo

ella la que está durmiendo,

sea yo el que estoy soñando?

¿Cómo puede ser, o bella

deidad, si eres mi homicida,

que yo te busque con vida

y que tú te halles sin ella?

Si a mí me tocó el perdella

y a ti el haberla guardado,

¿cómo sin ella te he hallado?

Vuelve, vuelve en tu sentido;

que el haberla tú perdido  
no es haberla yo ganado.  
¿Si la despertaré? Sí,  
aunque su enojo me asombre;  
que mujer que ha muerto un hombre,  
no es justo que duerma así.  
--¡Bella deidad!

*Despiértala, y ella huye de él, al  
verle*

CAMPASPE:	¡Ay de mí!
¿Qué miro?	
APELES:	¡Qué mal anduve!
CAMPASPE:	Sombra, ilusión...
APELES:	Necio estuve.
CAMPASPE:	No me des muerte, pues no, no tuve la culpa yo, bien que la desdicha tuve. Déjame, pues, no el empeño

crezcas a mi fantasía,  
pasando a la luz del día  
las negras sombras del sueño.

APELES: Hallado y perdido dueño  
de un alma que te ha buscado  
tan a costa del cuidado  
que a un mismo tiempo ha venido  
a hallar lo que había perdido  
y a perder lo que había hallado,  
no de mí huyas...

CAMPASPE: ¡Ay de mí!

APELES: que no soy ilusión yo.

*Cóbrase un poco CAMPASPE*

CAMPASPE: Luego ¿no eres sombra?

APELES: No.

CAMPASPE: Luego ¿estás con vida?

APELES: Sí.

CAMPASPE: ¿No te mataron?

APELES: No fui

tan dichoso.

CAMPASPE: ¿Dicha fuera?

APELES: Morir por ti, claro era.

CAMPASPE: ¿Pues yo no te vi a mis  
pies  
muerto?

APELES: Ahora también me ves  
aun más que la vez primera.

CAMPASPE: ¿Cómo?

APELES: Como allá la herida  
del cuerpo me dejó en calma,  
y aquí la herida del alma,  
o bellísima homicida,  
ha vuelto a darme la vida,  
para que de una manera  
aquí viva y allá muera,  
sin morir y sin vivir.

CAMPASPE: ¡Quién te pudiera decir  
lo que en albricias te diera  
de las nuevas que me das!

APELES: ¿De cuál dellas? ¿De que  
muero

u de que vivo?

CAMPASPE: No quiero

declararme, joven, más;  
baste decir que jamás  
tuvo mi hado siempre esquivo  
más gozo del que recibo  
al oír ambas nuevas bellas.

APELES: Sí, mas dime de cuál dellas:  
¿de que muero u de que vivo?

CAMPASPE: No sé. Pero gente allí  
hay; no contigo me vea.

APELES: ¿Será posible lo sea  
el volver a verte?

CAMPASPE: Sí.

APELES: ¿Dónde he de buscarte?

CAMPASPE: Aquí.

APELES: ¿Vendrás?

CAMPASPE: (Hablad, alma,  
vos.) Aparte

APELES: ¿Qué dices?

CAMPASPE: Que sí.

APELES: A los dos

un hombre se va acercando.

CAMPASPE:                   Pues quédate tú.

APELES:                               ¿Hasta cuándo?

CAMPASPE:                   Hasta otra alba.

APELES:                               Adiós.

CAMPASPE:                               Adiós.

*Vase. Sale CHICHÓN*

CHICHÓN:                   Aunque de lejos te vi,  
las señas no me mintieron.

¿Es posible que volvieron  
mis ojos a verte?

APELES:                               ¿Así,

traidor, infame, villano,  
me recibes, después que  
tan poca tu lealtad fue  
que, dejándome... ?

CHICHÓN:                               La mano  
ten; que no me pagas bien,  
después que herido te vi,

lo que he pasado por ti.

APELES: ¿Tú por mí?

CHICHÓN: Yo por ti. ¿Quién,

al verte en sangre teñido,

como un león embistió

con todos tres sino yo?

¿Quién, dejando a éste partido

por medio, de un tajo tal

que puso en puntos al arte,

pasó a éste de parte a parte,

a tiempo que en diagonal

círculo aquél me embistió?

¿Quién, dando al otro un hurgón,

la herida de conclusión

hizo al que se le seguía?

¿Y quién, tomando a destajo

que nadie le quede a vida,

le dio a éste la zambullida

y a aquél la de uñas abajo?

APELES: ¡Oye, aguarda! ¿De qué

modo

son, si todos eran tres,

ya seis los muertos?

CHICHÓN:

¿No ves

que maté sombras y todo?

En fin, tropezando (¡extraña  
desdicha es la del tropiezo!),

las garras me echó al pescuezo  
el barrachel de campaña;

en un cepo me metió,

donde he estado hasta este día,

que un amigo que tenía

la cuartada me probó.

APELES:

¿La cuartada? ¿Cómo así,

si a tantos diste?

CHICHÓN:

Porque

fue fácil el probar, que

los di sin estar allí.

De no verte noche y día

fue la causa mi prisión.

APELES:

Calla; ya sé cuáles son

tu locura y cobardía.

*Hablan los dos aparte. Salen EFESTIÓN y*

ALEJANDRO

EFESTIÓN: En fin, ¿vuelves?

ALEJANDRO: ¿Qué he de hacer,

si estoy fuera de mi centro  
donde a Campaspe no encuentro?

¿Cómo podría saber  
por dónde iría?

EFESTIÓN: Hacia allí  
dos hombres, señor, están;  
ellos quizá lo sabrán.

ALEJANDRO: Oye; ¿no es Apeles?

EFESTIÓN: Sí.

ALEJANDRO: Ventura es haber veni-  
do

a tan buen tiempo.

APELES: Cruelles  
son tus locuras.

ALEJANDRO: ¡Apeles!

APELES: Las plantas, señor, te pido.

ALEJANDRO: Aunque de lo que has  
tardado  
queja pudiera formar,  
los brazos te quiero dar,  
por el tiempo a que has llegado.

### *A CHICHÓN*

APELES: (Pues él no sabe de mí  
más de que me tuvo ausente  
su licencia, nada cuenta  
tu voz.)

CHICHÓN: (No haré.)

APELES: Feliz fui,  
ya que en la vuelta tardé,  
en venir en ocasión  
que ella me alcance el perdón  
de la tardanza.

ALEJANDRO: No sé  
cómo encarecerte cuánto  
estimo el llegarte a ver



y ésta me has de retratar  
con tal alma, que el hablar  
la falte, por no querer;  
bien que en esta parte no  
vendrá a ser tuya la palma;  
pues si la vieres con alma,  
es que se la he dado yo.

APELES: Digo, señor, que pondré  
al retrato tal cuidado  
que, aunque en el lienzo pintado,  
tan fuera del lienzo esté,  
que llegue tu amor feliz  
a persuadirse, no en vano,  
que echarla puede la mano  
entre el cuadro y el matiz.

CHICHÓN: Y yo, que ya soy criado  
de Apeles, la molereé  
más que a los matices.

ALEJANDRO: ¿Qué  
te obliga a no ser soldado?

CHICHÓN: Haber dado una men-  
guada

en pensar que es peor estado  
el ser moza de soldado  
que ser moza de soldada.

ALEJANDRO:                   Pues bien puedes pre-  
venir

pinceles, tabla y colores;  
aunque mejor a las flores  
se los pudieras pedir,  
pues todas los dieran fieles,  
mezclando a tan altos fines  
entre rosas y jazmines  
azucenas y claveles.

--Y pues que ya no está aquí,  
¿quién duda en la quinta está?  
Llévale, Efestión, allá,  
y de mi parte les di  
a Estatira y Siroés  
que a hacer el retrato envío  
del templo, aunque mi albedrío  
no sé lo que hará después.

## A APELES

--Y tú, porque sea mejor  
el primor de tu pintura,  
píntame a mí su hermosura  
y píntala a ella mi amor.

Vase

EFESTIÓN: Venid conmigo, porque  
lo que importa prevenir  
se disponga antes de ir.

APELES: En todo obedeceré  
vuestras órdenes.

EFESTIÓN: Con ella  
podrá ser veáis otra dama  
de no menor lustre y fama,  
y quizá, Apeles, tan bella.

APELES: Mucho me holgaré, aunque  
en mí  
nada llenará mi idea;  
que no es posible que sea



por galán, noble y discreto.

ESTATIRA: Bien lo dice en su conceto  
el aire de la canción.

NISE: *A Nise adoro y, aunque  
la dije mi frenesí,  
ni sé si me quiere, ni  
por qué ha de quererme sé.*

*Salen al paño EFESTIÓN y APELES*

EFESTIÓN: Esperad, no interrumpamos  
esta voz que dulcemente,  
por la letra y quien la canta,  
me ha suspendido dos veces.

APELES: Ya hice yo reparo en uno  
y otro, que son muy parientes  
música, poesía y pintura;  
y a lo que a mí me parece,  
si se hubiera de glosar  
la canción, no fácilmente  
se le hallaran dos sentidos.

EFESTIÓN: Escuchad, que a cantar vuelven.

MÚSICOS: *A Nise adoro y, aunque  
la dije mi frenesí,  
ni sé si me quiere, ni  
por qué ha de quererme sé.*

EFESTIÓN: Ya que han cesado, esperad,  
que a pedir licencia llegue.

ESTATIRA: ¿Quién es quien se entra hasta aquí?

EFESTIÓN: Quien con dos disculpas tiene  
seguro que vuestro enojo  
sus sagradas iras temple.

La primera es la dulzura  
con que este canto suspende,  
tanto que no deja acción  
para que otra acción se acierte;  
y la segunda, venir  
de parte de quien merece  
vuestra audiencia a cualquier hora.

ESTATIRA: ¿Quién en vuestro juicio tiene  
ese mérito?

EFESTIÓN: Alejandro.

ESTATIRA: (¡Si tan feliz mi amor fuese,

Aparte

que lograrse en su memoria

algún alivio mi suerte!)

Pues bien, ¿qué manda Alejandro?

EFESTIÓN: Que deis licencia que llegue

a retratar a Campaspe;

que ya sabéis cómo tiene

ofrecido su retrato

a las sagradas paredes

de Júpiter el no igual

arte del divino Apeles.

ESTATIRA: Esto y lo que yo pensaba

todo es uno. Decid que entre.

*Entra APELES*

APELES: A vuestras plantas, señora,

antes de veros, alegre,  
feliz, contento y ufano  
venía, por parecerme  
que había de conseguir  
el empeño a que me atreve  
la obediencia de mi dueño;  
mas después de veros, vuelve  
atrás mi esperanza.

ESTATIRA: ¿Cómo?

APELES: Como pintarse no pueden  
las perfectas hermosuras,  
sin que el crédito se arriesgue.  
Cuando en un rostro hay lunar  
o desproporción que acuerde,  
cuando se mira el retrato,  
de su dueño las especies,  
es fácil el retratarle;  
mas cuando es tan excelente  
que no hay término en sus partes  
que desigualado deje  
especies a la memoria,  
no se imita fácilmente.

Y así habréis de perdonarme  
cuando el retrato no acierte,  
si está en vuestra perfección  
y no en mí el inconveniente.

ESTATIRA:           Cortesano sois, pintor,  
y es preciso que me pese  
que vuestra cortesanía  
tenga más peligro que ése.

APELES:           ¿Por qué?

ESTATIRA:           Porque no soy yo  
la del retrato; y si viene  
a estar en lo más hermoso  
el riesgo al no parecerse,  
es más hermosa que yo,  
conque vuestro empeño tiene  
más que vencer. Y porque  
lo veáis, yo haré que en breve  
venga a veros más airosa  
y más prendida que suele,  
porque tenga en sus adornos  
yo alguna parte. (Esto es verme  
obligada a no mostrar



--Esperad; que, si pudiere,  
volveré a veros.

APELES: Yo en tanto  
voy a ver si Chichón viene  
con el bastidor, el lienzo,  
los matices y pinceles.

*Vase*

ESTATIRA: ¿No cantas, Nise?

NISE: Pues ¿cuándo  
no es mi oficio obedecerte?

ESTATIRA: (Oh, ¡cuán a costa del alma  
Aparte  
finge la que calla y siente!)

NISE: *A Nise adoro y, aunque  
la dije mi frenesí,  
ni sé si me quiere, ni  
por qué ha de quererme sé.*



CLORI:                Pues sabed que a las mujeres,  
sin que nos importe nada,  
la ajena alabanza ofende.

EFESTIÓN:        Groserías de rendido  
groserías son corteses;  
que no os quita a vos el ser  
discreta y hermosa el verme  
menos bien empleado en Nise  
que estuviera en vos.

*Sale NISE*

NISE:                                ¿No puede  
ser fino con una dama  
un hombre, sin que sea aleve  
con otra?

EFESTIÓN:                        Yo ...Ni...con Clo...  
si...cuando...

CLORI:                                ¿Qué te enmudece?

NISE:                                ¿Qué te turba?

EFESTIÓN:                        No saber,

pues una y otra se ofende,  
de lo que quiero y no quiero,  
cuál me olvida o cuál me quiere.

CLORI:               ¿Yo, por qué había de olvidarte?

*Vase*

NISE:               ¿Yo, por qué había de quererte?

*Vase*

EFESTIÓN:        Oye, Nise; escucha, Clori.

*Salen CHICHÓN, con todo aderezo de pintar, y  
APELES*

CHICHÓN:        Ya están aquí caballete,  
pinceles, lienzo, paleta,  
colores, piedra y aceite.

APELES: Ponlo aquí, que hay buena luz;  
--Y avisad vos, que ya puede  
salir la dama.

EFESTIÓN: ¡Ay de mí!

APELES: ¿Qué es lo que ahora os sus-  
pende?

EFESTIÓN: Dijisteis que no era fácil  
la glosa de aquel motete;  
y ya se ha facilitado  
con lo que aquí me sucede,  
después que de aquí salisteis.

APELES: ¿De qué suerte?

EFESTIÓN: Desta suerte.

APELES: *A Nise adoro y, aunque...*

EFESTIÓN: Hablando de Nise bella  
con Clori, me preguntó:  
¿qué inclinaba más mi estrella?  
a que mi amor respondió  
que el ingenio que hay en ella;  
conque no sólo mostré

que adoro a Nise, sinó  
lo que en ella adoro, en fe  
de que se sepa que yo  
adoro a Nise; y, aunque ...

APELES:                    *la dije mi frenesí...*

EFESTIÓN:                Clori, al parecer quejosa,  
que no hay mujer que otra quiera  
que sea discreta ni hermosa,  
o de vana o de celosa,  
un loco me dijo que era.  
Yo el serlo la concedí,  
pues por Nise el juicio pierdo;  
mas de tal locura en mí,  
por lo menos, que era cuerdo  
la dije mi frenesí.

APELES:                    *ni sé si me quiere, ni...*

EFESTIÓN:                Oyendo nuestras cuestio-  
nes,

Nise llegó y yo quedé  
tan turbadas mis acciones  
que, cuanto desde allí hablé  
fueron troncadas razones.  
Ni-, dije, por verme si-  
conti-, a Clo- tengo quejo-;  
y así entre las dos parti-  
ni sé si me olvida Clo-,  
ni sé si me quiere Ni-.

APELES: *por qué ha de quererme sé.*

EFESTIÓN: Ambas, riéndose al ver  
mi turbación singular,  
falsas quisieron saber  
por qué una me ha de olvidar,  
por qué otra me ha de querer.  
Yo respondí: si amor fue  
fino y necio en declararme,  
bien de una y otra la fe,  
pues sé por qué ha de olvidarme,  
por qué ha de quererme sé.

Mas quédese aquí la tema  
de si puede o si no puede  
glosarse; y vamos a que  
ya hacia aquí la dama viene  
que habéis de retratar.

APELES: ¿Cuál  
es?

EFESTIÓN: La que miráis presente.

*Sale CAMPASPE vestida de gala*

APELES: (¿Qué miro? [¡ay de mí infeli-  
ce!]

Aparte

¿No es ésta [¡cielos, valedme!]  
en la pendencia y el monte  
la de mi vida y mi muerte?)

CAMPASPE: Hasta ver lo que es retrato,  
el alma traigo pendiente.

## A EFESTIÓN

¿Sois el pintor?

EFESTIÓN: No, señora.

El que miráis es Apeles.

CAMPASPE: (¿El del monte y la penden-  
cia Aparte

[¡valedme, cielos!] no es éste?)

APELES: Yo soy, señora (no acierto  
a hablar) el que a copiar viene  
vuestra hermosura; porque  
como el que una carta teme  
que se pierda y la duplica,  
yo así es forzoso que intente  
duplicar vuestra hermosura,  
con temor de que se pierda.

CAMPASPE: No os entiendo, ni sé cómo,  
si el duplicarse es hacerse  
de una dos, en la pintura  
se pierda, porque se aumente.

APELES: Fuera fácil con saber

que en mi desdichada suerte  
quizá el hacer de una dos  
es porque os pierda dos veces.

CAMPASPE: Vuelvo a decir que no sé  
por qué lo decís.

APELES: No puede  
explicarse más el alma.

CAMPASPE: Pues dejad la voz pendiente  
hasta otra alba, como os dije.

APELES: Ya no es posible que espere  
esa luz.

CAMPASPE: ¿Por qué?

APELES: Porque  
tanto el orden se pervierte  
de todo en mí que aun el alba  
desde ahora me anochece.

CAMPASPE: Tercera vez no os entiendo.  
Pero sea lo que fuere;  
mirad que es fuerza acudir,  
siquiera por los presentes,  
a lo que venís.

APELES: Traed

en que esta dama se siente.

CHICHÓN: Aquí un taburete está,  
y es dicha ser taburete,  
porque quepa el guardainfante,  
ya que ellos son solamente  
los que medran, no teniendo  
brazos.

[APELES: Sentaos aquí enfrente,  
para que a la mejor luz  
el primero rasgo empiece;  
¿quién creerá que contra mí  
yo mi misma acción aliente?]

*Siéntase ella, y él pone el bastidor, toma la  
paleta, y*

*CHICHÓN muele los colores, y pinta APELES*

CAMPASPE: (¿Qué hago yo aquí, para  
que él Aparte  
desde allí les represente  
a otros mi imagen?)

APELES: No hagáis mudanza, para que llegue a coger más fijo el aire.

CAMPASPE: ¿Que no haga mudanza quieres?

APELES: Es fuerza que, si la hacéis, todo lo que pinte yerre.

CAMPASPE: Buen arte es el que no admite mudanzas en las mujeres.

CHICHÓN: Por eso otras, que se pintan de matices diferentes, no sólo se mudan, pero se enmudan con los afeites.

APELES: Calla tú y muele, Chichón.

CHICHÓN: ¿Cuándo callan los que mue-len?

CAMPASPE: Pues ¿qué hace aquél allí?

CHICHÓN: Un chiste

te lo dirá brevemente:  
a una mozuela la dije,  
repartiendo unos cachetes

un día entre sus mejillas  
y sus labios y sus dientes,  
"mi oficio es moler colores,  
hija mía, no te quejes."

APELES: O vete allá fuera o calla.

CHICHÓN: Por más fácil tengo el "vete."

*Vase*

EFESTIÓN: En tanto que vos pintáis,  
voy a ver si hablar pudiese  
a Nise en esos jardines.

*Vase*

APELES: Pues solo he quedado, atiende  
que, cumpliendo de pintor  
y de criado las leyes,  
pintaré al olio tus gracias,  
y mis desgracias al temple.



la voz; que te entiendo menos,  
cuando a tu dolor parece  
que se explica más. ¿Qué imagen,  
qué ídolo, qué amor es ése?

MÚSICOS:                    *Cuando libre el cabello  
no la obedece,  
como a un negro le trata,  
pues que le prende.*

APELES:                    La imagen deste retrato,  
el ídolo al ofrecerle  
Alejandro en sacrificio  
a su amor, pues que pretende  
que viva a sus ojos vayas,  
con el alma que él te ofrece.

CAMPASPE:                ¿A mí Alejandro?

APELES:                    ¿Eso dudas?

Pues ¿qué a pintarte le mueve?

CAMPASPE:                Darle al templo por memo-  
ria  
de que la vida le diese.

MÚSICOS:                    *Quien se abrasa y no sabe  
dónde hallar nieve,  
sepa dónde ella vive,  
que allí está enfrente.*

APELES:                    ¡Ay, que no es eso! Porque  
¿qué culto fuera decente  
el dar al templo tu imagen,  
si dirán cuantos la vieren  
(más que honrando tus acciones,  
disfamando tus desdenes)  
que, si a él le diste la vida,  
a mí me diste la muerte?  
Porque te adora (¡ay de mí!)  
te retrata.

CAMPASPE:                    Pues ¿qué adquiere  
para un amor un retrato?

APELES:                    Mentir las horas de ausente.

MÚSICOS:                    *Arcos son sus dos cejas,  
triunfales siempre,*

*pues celebran las ruinas  
de los que vence.*

CAMPASPE:                    ¡Qué mal has hecho en  
decirme...

APELES:                    ¿Qué?

CAMPASPE:                    ... que Alejandro me quiere!

APELES:                    ¿Por qué?

CAMPASPE:                    Porque lo ignoraba,  
si tú no me lo dijese.

APELES:                    Antes bien, porque al dolor  
en algo le lisonjee  
ser yo quien lo diga.

CAMPASPE:                    ¿Cómo?

APELES:                    Como la herida más fuerte,  
si propia mano la cura,  
menos que la ajena duele.

MÚSICOS:                    *Son sus ojos preciados  
tan de valientes  
que, al mirarlos, entre ojos*

*traigo mi muerte.*

APELES: Fuera de que ¿cómo puedo yo excusarlo, si hay quien fuerce...

CAMPASPE: ¿A qué?

APELES: ... a que aquesta vez hable, porque calle para siempre?

CAMPASPE: Con todo, que has hecho mal

otra vez digo, si atiendes que no hay mujer que no quiera ser querida; con que viene a ser ruindad de tu parte la que de mi parte puede ser vanidad.

APELES: Antes bien, que el que rendido padece, cuanto más padece, goza; y así es fineza que pienses que quiero padecer yo lo que a ti te desvanece.

MÚSICOS: *Un pleito a sus mejillas  
mayo y diciembre  
ponen, porque les hurta  
púrpura y nieve.*

CAMPASPE: Bien puede ser que fineza  
sea; mas no lo parece  
interponer un respeto  
que declarado no deje  
albedrío a la esperanza.

APELES: Eso será en quien la tiene.  
Pero ¿qué esperanza ya  
es posible que le quede  
a quien Alejandro fía  
su amor, y no solamente  
fía su amor, mas le hace  
instrumento de que llegue  
a su noticia? ¡Mal haya  
habilidad tan aleve  
que, traidoramente noble,  
contra su dueño se vuelve!

*Arroja los pinceles, y ella se levanta*

CAMPASPE:           ¿Qué habilidad?

APELES:                ésta mía.

CAMPASPE:           ¿Contra ti? Pues ¿de qué  
suerte?

MÚSICOS:            *Si se enoja, y sus labios  
rigores vierten,  
allá van los jazmines  
con los claveles.*

APELES:                Siendo áspides para mí  
las puntas de los pinceles  
que, entre flores de matices,  
su mortal veneno vierten.  
¡Mal haya, digo otra vez,  
habilidad que me fuerce  
a que estudie tus facciones  
para que en cada uno encuentre

otra perfección que diga  
cuán bella, oh Campaspe, eres  
ya dos veces a mis ojos,  
porque te pierda dos veces!

CAMPASPE:                   ¿Dos veces?

APELES:                        Sí.

CAMPASPE:                   ¿De qué modo?

APELES:                    Verdadera y aparente.

CAMPASPE:                   ¿Aparente y verdadera?

¿De qué suerte?

APELES:                        Esta suerte.

Mírate, para que veas  
lo que pierde el que te pierde.

MÚSICOS:                    *Condición y retrato*

*teman de Irene;*

*que ha de dar muerte a todos*

*si la parece.*

CAMPASPE:                   ¿Qué es lo que miro? ¿Es  
por dicha

lienzo o cristal transparente

el que me pones delante,  
que mi semblante me ofrece  
tan vivo que aun en estar  
mudo también me parece?  
Pues al mirarle la voz  
en el labio se suspende,  
tanto que aun el corazón  
no sabe cómo la aliente.  
¿Soy yo aquélla o soy yo yo?  
Torpe la lengua enmudece,  
quizá porque el alma, en medio  
de las dos dudando teme  
dónde vive o dónde anima,  
no sabiendo a un tiempo, entre  
una y otra imagen mía,  
de cuál de las dos es huésped.  
¿Esta habilidad tenías?  
¿Segundo ser darle puedes  
a un cuerpo? Pues ¿cómo, cómo,  
si tan divino arte ejerces,  
tan bajamente le empleas,  
que para otro dueño engendres

la copia de lo que dices  
que amas? Vete de aquí, vete;  
que en una parte me admiras,  
y en otra parte me ofendes.

APELES:                    Esto es fuerza.

CAMPASPE:                    No es sino  
bajeza.

APELES:                    Es desdicha fuerte.

CAMPASPE:                    No es sino culpa.

APELES:                    Es violencia.

CAMPASPE:                    Es ruindad.

APELES:                    Es dura suerte.

CAMPASPE:                    Es infamia.

APELES:                    Es tiranía.

CAMPASPE:                    Es poco ánimo.

APELES:                    Es decente  
respeto.

CAMPASPE:                    Es indigna acción.

APELES:                    Es obediencia.

CAMPASPE:                    Es aleve  
vasallaje.

APELES:                    Es rendimiento.

CAMPASPE: Es...

APELES: Es...

LOS DOS: Ira, rabia y muerte.

CAMPASPE: Gente viene a nuestras voces.

APELES: No entienda nada esta gente.

CAMPASPE: ¿En qué quedamos?

APELES: En que  
dueño de mi dueño eres.  
Para siempre adiós, Campaspe.

CAMPASPE: Para siempre adiós, Apeles.

## FIN DE LA SEGUNDA JORNADA

## JORNADA TERCERA

*Salen ALEJANDRO, EFESTIÓN y  
CHICHÓN*

CHICHÓN: Aunque llamado de ti  
vengo, los pies no te pido.

ALEJANDRO: ¿Por qué?

CHICHÓN: Porque los darás,  
según liberal te miro,  
y estará mal despedido  
un monarca tan invicto.

ALEJANDRO: Supla de los pies la falta  
desta sortija el zafiro.

CHICHÓN: ¡Oh, mal haya el asonante,  
que ser "diamante" no quiso!

ALEJANDRO: Alza del suelo; que quie-  
ro,

pues sé que estás en servicio  
de Apeles, saber de ti  
qué extraño accidente ha sido  
éste que oigo que le ha dado.

CHICHÓN: Pues ¿quién bastará a decir-  
lo,

si nadie basta a saberlo?  
Lo primero, anda aturdido



cata-Francia-Montesinos,  
para saber qué mal tiene.

ALEJANDRO: Pésame, porque le estimo  
de suerte, que de mi imperio  
diera el medio por su alivio;  
pues cuando no le tuviera  
la inclinación que publico  
por primoroso en su arte,  
por el retrato que hizo  
de Campaspe le quedara  
sumamente agradecido.  
Ve y dile que venga a verme.

CHICHÓN: Yo iré, si en eso te sirvo;  
pero tú verás en él  
un mal tan fuera de estilo  
que, una vez "hipo-con-dría"  
y otra vez "dría-con-hipo,"  
revienta de que es discreto,  
y apenas es entendido.

EFESTIÓN: ¿Verle quieres?

ALEJANDRO: Sí; que, puesto  
que a su salud solicito

medios, uno que he pensado  
me ha de decir lo escondido  
de su pecho.

EFESTIÓN: ¿Y qué es el medio?

ALEJANDRO: Acudir a los motivos  
de la filosofía; pues  
es su principal oficio  
de las causas naturales  
investigar los principios.

Y así a Diógenes mandé  
que me llamasen al mismo  
tiempo que también a Apeles  
llamo; porque compasivo  
en una parte y en otra  
curioso, ver determino  
cómo uno siente sus penas  
y otro hace dellas juicio.

EFESTIÓN: ¿Dónde a Diógenes mandas-  
te  
que viniese?

ALEJANDRO: A este distrito  
que hay de mi tienda a la quinta

de Estatira, porque he oído  
que todas estas mañanas  
sale a su apacible sitio  
con sus damas, donde hacen  
músicas y regocijos  
suave la prisión, y quiero  
ver si ver puedo el divino  
sol de Campaspe, buscando  
algún ingenioso arbitrio  
para apartarla de esotras;  
y si la verdad te digo,  
no sé qué diera, porque  
hallase el amor camino  
de reducirla a mi tienda.

EFESTIÓN:                   Uno mi ingenio previno.

ALEJANDRO:               ¿Qué es?

EFESTIÓN:                   Fingir que llegó al  
campo  
de Teágenes un hijo,  
pidiendo justicia della  
por el pasado homicidio;  
y no pudiendo a la parte

tú dejar de dar oídos,  
llevártela presa.

ALEJANDRO: Eso  
es valernos de un delito.  
Pero después lo veremos  
mejor, porque ahora miro  
a Diógenes y a Apeles  
venir donde les han dicho.

*Sale por una puerta DIÓGENES y por otra  
APELES*

DIÓGENES: (¿A mí Alejandro? Pues  
¿qué Aparte  
tiene Alejandro conmigo?)

APELES: (¡Quiera Amor, no me decla-  
ren Aparte  
de una vez mis desvaríos!)

DIÓGENES: ¿Qué es, señor, lo que me  
mandas?

APELES: ¿En qué, gran señor, te sirvo?

## A DIÓGENES

ALEJANDRO: Escúchame tú primero;

## A APELES

después hablaré contigo.

Bien, Diógenes, ¿te acuerdas de aquella apuesta que hicimos de quién necesitaría antes, tú de mi dominio o yo de tu ciencia?

DIÓGENES: Sí.

ALEJANDRO: Pues yo me doy por vencido, confesando que primero de tu ciencia necesito que tú de mi poder.

DIÓGENES: Pues,

¿no era uno y otro preciso,  
si el rico sin ella es pobre  
y el pobre con ella es rico?

ALEJANDRO: Aun por eso quiero ver  
lo que en la tuya consigo.

Ese joven, a quien yo  
por inclinación estimo,  
favoreciéndole el astro  
de algún benévolo signo,  
padece un grave accidente;  
y tal que, siendo entendido,  
hábil, galán y discreto,  
en pocos días le admiro  
alterada la razón,  
prevaricado el sentido,  
necio, inútil, desairado,  
sin discurso y sin aliño.  
Nadie de su mal conoce  
la causa, ni él ha sabido  
decirla a nadie; de suerte  
que, dándose por vencidos  
de la sabia medicina

los más doctos aforismos,  
le dejan morir, sin que  
le hagan ningún beneficio.  
Yo, viendo la obligación  
en que te pone el retiro  
que profesas, de saber  
los secretos escondidos  
de la gran naturaleza,  
quiero ver cómo haces juicio  
de este accidente; y así  
que le asistas determino  
unos días, para que,  
si averiguas el principio  
de su mal, sepa que sabes;  
y si no, sepa que ha sido  
locura tu ciencia, pues  
para nada es de servicio.

DIÓGENES:                    Que es el corazón del hom-  
bre

animal de pliegues dijo  
Aristóteles, mostrando  
que es un color si encogido

está y, si está dilatado,  
de muchos; con que previno  
que, en queriendo averiguarle,  
no se le da punto fijo;  
pues al irle desdoblado  
todo es colores distintos.  
Siendo así, locura fuera  
decir yo desvanecido  
que entenderé el suyo; pero  
no por eso desconfío  
de saberlo. Háblale tú,  
sin darte por entendido,  
porque no esté con cuidado,  
viendo que con él le asisto.

ALEJANDRO:           Pues disimula. --¿Dónde  
ibas,  
Apeles, cuando te dijo  
aquel soldado que yo  
te llamo?

APELES:               Si verdad digo,  
a decir mis sentimientos  
a estas peñas, a estos riscos,

árboles, plantas y flores  
que, como fieles testigos,  
saben lo mejor y ignoran  
lo peor.

ALEJANDRO: No te he entendido.

APELES: Es que saben escucharlos

*Suspira*

y es que no saben decirlos.

ALEJANDRO: Pues ¿y no fuera mejor  
comunicarlos rendido  
a quien sentirlos supiera?

APELES: No, señor; que fuera alivio;  
y yo estoy tan bien hallado  
con ellos y ellos conmigo,  
que ellos y yo no queremos  
partir con nadie el sentirlos.

*Esto y lo demás deste género dice DIÓGENES a  
ALEJANDRO aparte*

DIÓGENES: El primer color de que muestra el corazón teñido es melancólico humor.

ALEJANDRO: Descansa, Apeles, conmi-go.

¿Qué tienes?

APELES: No sé qué tengo.

ALEJANDRO: ¿Es faltarte en mi servicio el cariño de tu patria?

APELES: No está en mi patria el cariño.

ALEJANDRO: ¿Necesitas de algo?

*Con algún despecho*

APELES: Sólo de mi muerte necesito.

DIÓGENES: Ya de cólera y de ira despliega el segundo viso.

ALEJANDRO: Pues ¿de mí no le fiarás,

sabiendo lo que te estimo?

APELES:                   ¿A quién pudiera mejor?

*Turbado*

Pero humilde te suplico,  
no conjures mi silencio;  
que es mi mal tan exquisito,  
tan intratable mi pena,  
tan sin uso mi martirio,  
que, embargando el corazón  
acá dentro los suspiros,  
aunque decirlo quisiera,  
no puedo.

DIÓGENES:                   De algún nocivo  
veneno parece que  
da aquesta congoja indicio.

*Cobrándose algo*

APELES: Fuera de que, si adelanto  
el tormento con que vivo,  
aunque pudiera decirle,  
no le dijera, si miro  
que fuera avivar la llama...

DIÓGENES: Todo esto parece hechizo.

APELES: ... al incendio de que muero,  
si viera...

DIÓGENES: Ya esto es delirio.

APELES: ... que alguno piadoso hacía  
tan grande crueldad conmigo  
como quitarme el dolor.

DIÓGENES: Ya esto es rabia.

APELES: Pues le admito,  
como conveniencia, tanto  
que, a faltarme él, imagino...

DIÓGENES: Ya esto es desesperación.

APELES: ... que me faltara un amigo  
tan del alma que, sin él,  
me diera muerte a mí mismo.

DIÓGENES: De desordenado amor  
parece este afecto hijo.

ALEJANDRO: ¿No hay remedio?

APELES: No hay remedio;

que mi mortal parasismo

no consta de mí, porque

consta de ajeno albedrío.

DIÓGENES: Ya lo confirman los celos.

### *A DIÓGENES*

ALEJANDRO: ¡Oh, qué de cosas has visto  
to

en un instante!

DIÓGENES: ¿Qué quieres,

si va desplegando a giros

dobleces el corazón,

cuyos afectos distingo

a partes, y del primero

en el postrero me afirmo.

ALEJANDRO: ¿Cómo quieres que amor  
sea,

si ser melancolía has dicho,

ira, cólera, veneno,  
desesperación, delirio,  
hechizo y rabia?

DIÓGENES:  
sino amor hubiera sido,  
como conveniente, amando  
con no ordenado apetito  
su daño, melancolía,  
ira, cólera, nocivo  
veneno, delirio y rabia,  
desesperación y hechizo?

Pues ¿quién

*Con terneza*

APELES:                    Y así otra vez y otras mil  
humilde, señor, te pido,  
no apures mis sentimientos;  
porque el mal que lloro y gimo  
no tiene definición.  
Y pues cuando más me explico  
es cuando me explico menos,

concede a mis desvaríos  
la licencia de callarlos;  
que, aunque yo quiera decirlos,  
no me es posible, porque...

### *Dentro MÚSICA*

VOZ:                    *Sólo el silencio testigo  
ha de ser de mi tormento.*

APELES:              Ya aquesa voz te lo ha dicho,  
aunque no bien; que si dice  
que sólo ha de ser testigo  
de su tormento el silencio,  
hay más que decir que dijo;  
porque aun el silencio no  
es capaz del dolor mío;  
pues cuando el silencio quiera,  
o crüel o compasivo,  
lo que no digo decir,  
no podrá; porque al decirlo...

VOZ:                    *Aun no cabe lo que siento*

*en todo lo que no digo.*

DIÓGENES: Vuelvo a afirmarme, señor...

ALEJANDRO: ¿En qué?

DIÓGENES: En que lo dicho dicho. Este hombre está enamorado.

ALEJANDRO: No disuenan los indicios; pero quédese ahora así, con orden de que advertido has de averiguarlo más, mientras yo otro afecto sigo, si no tan crüel, no menos poderoso. --Ven conmigo, Efestión; que, si hablar a Campaspe no consigo, quizá podrá ser, me valga de aquel tu pasado arbitrio.

*Vanse ALLEJANDRO y EFESTIÓN*

DIÓGENES:           (¡Buena comisión me queda!  
Aparte

Mas ya que Alejandro hizo  
capricho el examinarme,  
también yo he de hacer capricho  
el satisfacerle a él.)

En fin, ¿no es posible, amigo,  
que sepamos vuestras penas?

APELES Y MÚSICA:   *Sólo el silencio testigo  
ha de ser de mi tormento.*

DIÓGENES:           Pues advertid que ya ha  
habido  
silencio tan bachiller  
que dijo lo que no dijo.

APELES:             Pues éste no lo dirá.

DIÓGENES:           ¿Por qué?

APELES:             Porque enmudecido...

APELES Y MÚSICA:   *Aun no cabe lo que siento  
en todo lo que no digo.*

DIÓGENES:           Pues guardaos de mí; que  
yo  
he de saber lo escondido

de vuestro pecho, después  
no digáis que no os lo aviso.

APELES:                No haréis tal; que yo sabré,  
homicida de mí mismo,  
darme la muerte, primero  
que nadie sepa que ha sido  
con las honras de Alejandro  
mi amor tan vil asesino  
que da la muerte pagado,  
hecho usura el homicidio.  
¡Oh, nunca me honrara tanto  
que es fuerza que, agradecido  
de alimentos mi dolor,  
viva de sus beneficios!  
¿Cómo puedo ser yo ingrato,  
arrojándome atrevido  
a competirle su amor,  
si cuando (¡ay de mí!) me animo  
sólo a amar, me sale al paso,  
demás del respeto digno  
a la majestad, demás  
de la confianza que hizo

de mí, fiándome su amor,  
su deseo tan benigno  
que, intentando mi salud  
por tan extraños caminos,  
un cariño me baraja  
la suerte de otro cariño?  
¿Y tanto que, aunque Campaspe,  
que al alba esperaba, dijo,  
ni a ella ni al alba vi, haciendo  
de su favor desperdicio?  
Pues ¿qué remedio?

*Dentro*

CAMPASPE: Morir  
será mi menor peligro.  
APELES: Infausto oráculo, ¿quién  
es con quien hablas?

*Dentro*

ALEJANDRO: Contigo  
moriré yo.

APELES: ¿Otro temor?

CAMPASPE: No he de oír.

ALEJANDRO: Bello prodigio,  
espera.

*Sale CAMPASPE huyendo, ALEJANDRO tras  
ella; y en  
viendo a APELES, se detiene*

CAMPASPE: Ya he dicho  
que antes  
moriré.

ALEJANDRO: También he dicho  
yo que contigo mi muerte  
me ha de hallar.

APELES: (¡Qué veo!) Aparte

CAMPASPE: (¡Qué miro!)

Aparte

APELES: (Campaspe son y Alejandro mis fatales vaticinios.)

CAMPASPE: (Apeles es quien su vista rémora a mi planta ha sido.)

ALEJANDRO: ¿Por qué, divina Campaspe,

cuando apartada te he visto

desa dulce alegre tropa,

que con aplausos festivos

al alba saluda, y, hecho

humano girasol, sigo

los siempre lucientes rayos

de tus dos soles divinos,

de mí huyes?

CAMPASPE: Porque sé

que no es tu afecto tan digno

como debiera.

ALEJANDRO: Pues ¿quién

le ha malquistado contigo?

CAMPASPE: Apeles, que no aquí en

balde

trajo el cielo por testigo.

(Así he de hablar con entrambos.)

APELES: (Ofendida de mi olvido,  
sin duda de mí se venga.)

ALEJANDRO: ¿Apeles? ¿Qué es lo que  
he oído?

APELES: ¿Yo, Campaspe?

CAMPASPE: Tú; pues tú,

haciendo el retrato mío,  
me dijiste que me amaba  
y que no era el sacrificio  
a Júpiter, sino a Amor;  
con que mi honor, advertido  
de su peligro, es forzoso  
que huya de su peligro;  
de suerte que tú eres causa  
de que él sienta mis desvíos;  
pues si no fuera por ti,  
quizá dél no hubiera huido,  
porque yo no lo supiera  
si tú no lo hubieras dicho.

APELES: (Pues con dos sentidos habla,  
responderé en dos sentidos.)

Si yo te ofendo, Campaspe,  
es porque otro dueño sirvo,  
que su amor y tu hermosura  
mandó pintar a dos visos;

*A ALEJANDRO*

y pues para ella es ofensa  
lo que para ti es servicio,  
agradéceme este enojo.

ALEJANDRO:           No te disculpes conmigo,  
pues las señas de culpado  
resultan en las de fino;  
y ya que mi amor te debe  
en este primer aviso  
vencer las dificultades  
de dar a un amor principio,  
débate ahora, pidiendo  
licencia a tus desvaríos,  
que intercadentes parece  
que dan treguas al sentido,

avisar si viene gente,  
mientras a Campaspe digo  
lo menos de lo que siento.

APELES: (¿Esto más, cielos impíos?)

CAMPASPE: (¿Esto más, hados crüeles?)

APELES: (¡Qué violencia!)

CAMPASPE: (¡Qué conflicto!)  
to!)

*Retírase APELES al paño, oyendo lo que los  
dos  
hablan*

ALEJANDRO: Desde el instante, divina  
Campaspe, que de tu brío  
y de tu llanto fue objeto  
la piedad del pecho mío,  
tan postrado a tu altivez,  
a tu queja tan rendido  
quedó mi afecto...

*Sale APELES*

APELES: Señor,  
Siroés viene hacia este sitio.

ALEJANDRO: Saldréla al paso, porque  
no llegue a verme contigo.

*A APELES*

No la dejes ir tú, en tanto  
que yo vuelvo.

*Vase*

APELES: ¿Quién ha visto  
tal género de tormento,  
tal linaje de martirio?

*Hablan bajo, apriesa y a hurto, como recelándose de*  
*ALEJANDRO*

CAMPASPE:                    Quien cobarde complaciendo  
al lisonjero artificio,  
no quiso a su dama tanto  
como a su privanza quiso.

APELES:                    Si yo tuviera elección  
entre aquesos dos cariños,  
el elegido me diera  
contra el desdeñado alivio;  
pero si me he de morir  
a manos del elegido,  
¿qué me culpa el desdeñado?

CAMPASPE:                    El temor con que, remiso,  
no sabiendo entre dos muertes  
elegir la de más brío,  
se deja morir de humilde,  
pudiendo morir de altivo.

APELES: Es lealtad.  
CAMPASPE: Es cobardía.  
APELES: Eso es volver al principio.  
CAMPASPE: No es sino llegar al fin.  
APELES: No es, si...  
CAMPASPE: Sí es, si..

*Sale ALEJANDRO*

ALEJANDRO: A nadie  
miro  
en todo el monte.  
APELES: Debió  
de echar por otro camino.  
ALEJANDRO: Vuelve a avisar si viniere.

*Vuélvese APELES al paño*

Y tú, hermoso dueño mío,  
acuérdate que me diste

la vida.

CAMPASPE: ¿Y ése es motivo  
para obligarme a quererte?

ALEJANDRO: Claro está; porque quien  
hizo

un beneficio quedó  
obligado al beneficio.

Dar una cosa y quitarla,  
una vez dada, es estilo  
muy villano. ¿Por qué piensas  
que vive cuanto ves vivo?  
Porque los dioses, que fueron  
quien les dio la vida, han sido  
los que a su conservación  
se obligaron.

*Sale APELES*

APELES: Señor...

ALEJANDRO: Dilo.

APELES: Estatira hacia allí viene.

ALEJANDRO: Irla al paso determino.  
Y pues yo a lo mismo vuelvo,  
vuelve también tú a lo mismo.

*Vase*

*Vase*

CAMPASPE: ¿Quién en igual confusión  
de dos amantes se ha visto?

APELES: Si de haberle dado vida  
te hace cargo tan preciso,  
¡cuánto más que haberla dado  
es haberla recibido!

Si él te la debe a ti, tú  
me la debes a mí; indicio  
más noble; que el de obligado  
fue siempre el de agradecido.

CAMPASPE: Es verdad, mas ¿cómo  
puedo  
serlo yo, si desperdicio

se hace el agradecimiento?

APELES: Sabe el cielo si le estimo.

CAMPASPE: ¿En qué he de verlo yo?

APELES: En sola  
una cosa que te pido.

CAMPASPE: ¿Qué es?

APELES: Que, porque más no  
pierda  
que lo que pierdo en oírlo . . .

CAMPASPE: Di.

APELES: Ningún favor me hagas;  
que yo me doy a partido  
de que nada en mí sea amor,  
porque todo en ti sea olvido.  
Tan a nadie quieras, que  
ni a mí me quieras.

*Sale ALEJANDRO*

ALEJANDRO:  
to

No he vis-

por aquí a nadie.

APELES: Debió

de echar por otro camino.

ALEJANDRO: No es sino que yo estoy

loco,

pues de otro loco me fío.

Retírate de aquí, y no

me vuelvas con otro aviso.

APELES: (¿Quién creerá que el desde-

ñado

ausente al favorecido?)

*Vase*

ALEJANDRO: Volviendo a cobrar, Cam-

paspe,

de aquel mi discurso el hilo,

que no es baja frase, puesto

que es frase de laberinto...

ESTATIRA: Mudad de tono y de letra.

*Dentro a una parte*

SIROÉS:                      Mudad de letra y sentido.

*Dentro a otra parte. Sale APELES*

APELES:                      Estatira y Siroés  
por aquí vienen.

ALEJANDRO:                      ¿No he dicho  
que mis delirios me bastan  
sin creer a tus delirios,  
y que aquí no vuelvas?

APELES:                      Yo  
pienso que en eso te sirvo.

ALEJANDRO:                      Loco está, no hagas dél  
caso.

Y así, segunda vez digo  
que por más que ingrata acudas  
a tus desdenes esquivos,  
siendo escollo a los embates

de lágrimas y suspiros,  
he de esperar tus favores  
sin que me dé por vencido,  
a que no ha de haber mudanza  
pues que por algo se dijo...

### *Lejos*

CORO: *Escollo armado de hiedra,  
yo te conocí edificio.*

CAMPASPE: No está tan loco, señor,  
como a ti te ha parecido  
Apeles, pues es verdad  
que hacia aquí Estatira vino.  
Y pues te debo el reparo  
de que no te vean conmigo,  
débate la ejecución.  
Vete, llevando sabido  
que, aunque a siglos tu deseo  
mida el tiempo amante y fino,  
en mí no ha de haber mudanza;

que no ha de ser mi albedrío...

*Lejos*

CORO: *Ejemplo de lo que acaba  
la carrera de los siglos.*

APELES: Mira si hacia esotra parte  
Siroés viene.

ALEJANDRO: Irme es preciso,  
por no despertar sospechas.  
(¡Viven los cielos divinos,  
que, aunque delito parezca  
valerme de otro delito,  
que, pues no me vale el ruego,  
ha de valerme el arbitrio!)

*Vase*

CAMPASPE: Y los dos ¿en qué quedamos?

APELES:            En que leal determino  
que, siendo tú lo que pierdo,  
piensen todos que es el juicio.

CAMPASPE:        Aunque de tu amor me  
ofendo,  
quizá de tu honor me obligo,  
viendo que, de puro noble,  
sin razón y sin aviso...

*Más cerca*

CORO:              *De lo que fuiste primero  
estás tan desconocido.*

APELES:            ¿Qué mucho todos por loco  
me tengan, si yo lo afirmo  
siempre que a mi pensamiento  
"No me estés cuerdo," le digo,  
"trayéndome a la memoria  
el favor, sino el olvido,  
para que dél muera, pues  
sólo el instante eres mío..."

*Más cerca*

CORO: *Que de ti mismo olvidado,  
no te acuerdas de ti mismo.*

CAMPASPE: Muchos se acercan; tampoco  
a ti te vean.

APELES: No miro  
por donde escapar; que tienen  
tomados ambos caminos.

CAMPASPE: Entre estas ramas te esconden  
mientras pasan.

APELES: Imagino  
que tú me descubras.

CAMPASPE: ¿Cómo?

APELES: Como, alumbrando este sitio...

COROS 1 y 2: *Ya fuiste lisonja al sol  
y de sus rayos registro.*

CAMPASPE: Escóndete, que no haré;

que arden muy lentos, muy tibios  
rayos que no abrasan.

APELES: Sí hacen,  
sino que están a impedirlos  
muchas nubes.

CAMPASPE: Mira que  
llegan ya.

APELES: Desde este sitio  
seré, mirando tus ojos,  
en sus hojas escondido,  
*si cortesano del bosque,  
de las estrellas vecino.*

*Escóndese. Salen ESTATIRA, SIROÉS, CLORI,  
NISE y  
MÚSICOS*

ESTATIRA: Campaspe, ¿qué soledad  
es ésta?

SIROÉS: ¿Tanto retiro  
de nosotras?

CAMPASPE: Un discurso  
ocupado y pensativo  
en sus penas sólo halla  
en la soledad asilo.

ESTATIRA: Pues ¿qué tienes?

CAMPASPE: ¿La memoria  
de mi casa no es preciso  
que me deba algún cuidado?  
Y así a las dos os suplico  
me deis licencia de que  
a ella vuelva, pues ya miro  
aquel pasado suceso  
tan entregado al olvido  
que nadie se acuerda dél.

ESTATIRA: Como el irte haya nacido  
de tu conveniencia, y no  
del poco agasajo mío,  
tuya es la elección.

CAMPASPE: El cielo  
sabe que en el alma imprimo  
vuestrós favores, ansiosa  
de que no pueda servirós;



SOLDADO 1: Fuerza es decirlo,  
bien que a mi pesar.

ESTATIRA: Soldados,  
¿qué armas, qué gente, qué ruido  
es aquéste?

SOLDADO 1: Perdonadme,  
señora; que a haberos visto  
aquí, no llegara; pero  
ya que llegué, me es preciso  
decir el orden que traigo.

De Teágenes un hijo  
a pedir justicia viene  
de Campaspe; y como ha sido  
justo a la segunda parte  
guardar el segundo oído,  
aunque de Alejandro ya  
tiene el perdón conseguido,  
para que dé sus descargos  
es fuerza parecza en juicio.  
Presa me mandan llevarla.

APELES: (¡Qué oigo!)

CAMPASPE: ¡Qué escucho!

ESTATIRA:

¿Advertidos?

¿No fuera bien que esperarais  
que no estuviera conmigo,  
para intimarla esa orden?

SOLDADOR 1:            Sí, señora, mas ya he dicho  
que no os vi.

ESTATIRA:                            Pues ya me veis,  
y si no tratáis de iros . . .

CAMPASPE:            No, señora, hagáis empeño  
por mí; que de mi delito  
la razón me pondrá en salvo.

(La hora de irme no miro,  
por no empeñarle otra vez.)  
Y así a cuantos me oyen pido,  
desde la cumbre del monte  
hasta la falda del risco,  
nadie en mi defensa salga;  
que, aunque voy presa, yo fío  
que voy en mi libertad,  
pues voy yo misma conmigo.

*Vanse CAMPASPE y SOLDADOS. Sale APE-  
LES*

APELES:

Espera;

que no sabes el peligro,  
Campaspe, a que vas.

SIROÉS: ¿Qué es esto?

APELES: Correr a mi precipio,  
viendo a Campaspe en poder  
de Alejandro y sus ministros.

CLORI: (Descubrióse la maraña.)

Aparte

NISE: (Dio la tramoya consigo

Aparte

en tierra.)

ESTATIRA: Pues ¿cómo vos  
osáis estar escondido  
en esta parte?

APELES: No sé;

mas sabrélo, si la libro

del riesgo a que va.

ESTATIRA: Teneos;

que lo que yo no consigo  
por mí, queriendo ella ir presa,  
por vos no he de conseguirlo.

APELES: No os importa tanto a vos  
como a mí.

ESTATIRA: Aunque me hayan  
dicho

su despecho en no empeñaros,  
vuestro arrojo en descubrirnos;  
que, aunque al vivo la pintáis,  
pintáis su amor más al vivo.

*Sale DIÓGENES y, viendo gente, se detiene*

DIÓGENES: (Vuelvo a buscar aquel jo-  
ven  
para ver si algo averiguo.)

ESTATIRA: Tengo de saber qué es esto.

APELES: Ya de vista se ha perdido.

DIÓGENES: (Con unas damas está.

¡Quién hallara un indicio!)

ESTATIRA: No habéis de seguirla.

APELES: ¡Cielos,

en vano al dolor resisto!

ESTATIRA: ¿Qué es esto? digo otra vez.

APELES: Yo otra vez y otras mil digo

que es que voy a ver, y ciego,

que es que voy a hablar, y gimo.

ESTATIRA: ¿Ahora enmudeces? ¿Ahora

calláis? ¿Ahora suspendido

las articuladas voces

trocáis en mudos gemidos?

¿Qué pasmo fue, qué letargo

el que yerto, helado y frío

os ha dejado?

APELES: ¡Ay de mí!

¿Qué es esto que mis sentidos

ha turbado de manera

que ni oigo, ni hablo ni miro?

¿Qué espero? Piérdase todo,

pues que todo se ha perdido.

¡Fuego, fuego, que me abraso,  
que me ahogo, que me aflijo!

*Arroja los vestidos*

TODOS:                   ¿Qué hacéis?

APELES:                   Arrojar la ropa,  
viendo arder en tan activo  
incendio de mi cadáver  
todo el humano edificio.

¡Piedad, cielos divinos!

Mas ¡ay!, que más que apague el llanto mío,  
el aire encenderá de mis suspiros.

SIROÉS:                Él está loco; huye dél.

*Vase*

CLORI Y NISE:        Todas haremos lo mismo.

*Vanse*

ESTATIRA: Llegó a su extremo el furor.

*Vase*

DIÓGENES: Atiende, discurso mío,  
quizá dirá su locura  
lo que su razón no dijo.

APELES: ¡Piedad, cielos divinos!  
Mas ¡ay!, que más que apague el llanto mío,  
el aire encenderá de mis suspiros.

*Sale CHICHÓN*

CHICHÓN: Si no me engañan los ecos,  
hacia aquí la voz he oído.--  
Señor, ¿es hora de hallarte?  
¿Cómo desnudo te miro?



Pero no cobres el juicio,  
que diz que está bien hallado  
quien le tiene bien perdido.

APELES:               Pues nadie mejor que yo,  
y porque lo creas, ¿has visto  
a Campaspe?

CHICHÓN:                               SÍ, señor.

APELES:               ¿Dónde estaba?

CHICHÓN:                               En mi vestido;

que como para picaños  
el peinador no se hizo,  
al peinarme esta mañana  
todo de caspa teñido  
le vi, a modo de nevado,  
pero no a modo de limpio.

APELES:               Calla, calla; que no entiendes  
mi dolor. Lo que te digo  
es que si has visto a Campaspe  
en poder de un dueño impío  
que, no valiéndole el ruego,  
el engaño le ha valido?

CHICHÓN: (Seguirle quiero el humor.)

Aparte

¿No quieres que la haya visto,  
si ella y ese ingrato dueño,  
haciéndose mil cariños,  
él iba a caza de mirlas  
y ella a caza de chorlitos?

APELES: Mientes, mientes; porque pre-  
sa  
la tienen.

CHICHÓN: Pues ¿no es lo mis-  
mo  
estar presa que ir a caza?

APELES: ¡Viven los cielos divinos,  
que te ha de costar la vida,  
villano, el no haberla visto!

CHICHÓN: No costará, porque yo  
huir sé desde tamaño.

*Al ir huyendo de APELES, y él siguiéndole, da  
con*

DIÓGENES

Mas ¿quién está aquí?

DIÓGENES:

Yo soy.

APELES:

Pues ¿qué hacéis aquí escondido

vos, viejo honrado?

*Cógele del brazo*

CHICHÓN:

Eso sí;

rínele muy bien reñido;

que es mucha filosofía

acechar, sin ser vecino.

(Quiero entretanto llamar

gente para reducirlo

a casa.)

*Vase*

DIÓGENES: ¿Yo, señor, cuándo...?

APELES: No, no tenéis que eximiros.

DIÓGENES: (¿Quién me metió en venir,  
cielos,

de la quietud en que vivo  
a dar en manos de un loco?)

APELES: ¿Pensáis que no os he enten-  
dido?

¿Que queríades saber  
que el sol que idólatra sigo  
es Campaspe? ¿Y que es Campaspe  
a quien Alejandro quiso,  
a cuya causa, por no  
ofender al dueño mío,  
entre un amor y un respeto,  
falso amante, criado fino,  
me dejé morir, trocando  
sus favores a desvíos,  
sus agrados a desdenes,  
y sus memorias a olvidos?  
Pues no, no habéis de saberlo,

porque yo no he de decirlo.

¡Piedad, cielos divinos!

Mas ¡ay!, que más que apague el llanto mío,  
el aire encenderá de mis suspiros.

DIÓGENES: Bien esperé que el furor  
dijera lo que no dijo  
el dolor. Y pues acaso  
a las manos se me vino  
el desengaño de todo,  
diré yo que lo he sabido  
por mis ciencias a Alejandro;  
pues contra achaques del siglo  
hasta la ciencia es forzoso  
valerse del artificio.

*Salen ALEJANDRO y EFESTIÓN*

EFESTIÓN: Estas dos nuevas, señor,  
a un mismo tiempo han venido.

ALEJANDRO: Ambas de pesar han sido,  
y no sé cuál es mayor.

¿Rojana murió?

EFESTIÓN:

El furor

del mar, como la presuma  
Venus de Chipre, con suma  
violencia, quiso en su esfera  
que una de la espuma muera,  
si otra nace de la espuma.

A esto se llega enviar  
Darío cuanto pediste,  
porque imposible creíste  
que lo pudiese juntar  
en rescate singular  
de sus hijas; con que ha sido  
fuerza, habiendo prometido  
que libres no se han de ver,  
o tu palabra romper  
o faltar a lo ofrecido  
al gran Júpiter.

ALEJANDRO:

Y di,

entre uno y otro pesar,  
¿sabes si han ido a buscar  
a Campaspe?





suene al umbral de la tienda,  
cuyas cláusulas pretenda  
la armonía acompañar  
del estruendo militar,  
pues sin dar sospecha, han sido  
salvas que ya han divertido  
otras veces mi pesar.

*Vase EFESTIÓN*

¡Divina Campaspe bella!

CAMPASPE: Dame, gran señor, tus pies.

ALEJANDRO: ¿Tú aquí? Pues ¿qué es  
esto?

CAMPASPE: Es

sobre el rigor de mi estrella,  
la fuerza de una querella  
que, aunque ya tu perdón vi,  
presa me trae.

ALEJANDRO: ¿Presas?

CAMPASPE: Sí.

ALEJANDRO: Engañaste, que es error.

CAMPASPE: ¿Cómo?

ALEJANDRO: Como, siendo amor  
quien se querella de ti,  
no hay que temer la crueldad  
de la prisión suya; pues  
de quien él querella, es  
de quien está en libertad,  
no de quien su voluntad  
presa tiene; y siendo así,  
que tú eres la libre aquí  
y yo el preso, tu temor  
en mí está, no en ti.

CAMPASPE: Es error;  
pues si un temor (¡ay de mí!)  
pierdo, otro cobra mi fama,  
al ver traición la prisión.

ALEJANDRO: Lo que en paz fuera trai-  
ción  
ardid de guerra se llama.

CAMPASPE: Traición es cuanto difama  
las sacras leyes de amor.

*Canta la MÚSICA a un lado, suenan las cajas  
y trompetas a otro lado, y los dos representan,  
todo a un tiempo*

MÚSICA:                    *En repúblicas de amor  
es la política tal,  
que el traidor es el leal  
y el leal es el traidor.*

ALEJANDRO:                Bien por mí te ha res-  
pondido  
voz que publica constante  
que no ha sido leal amante  
el que a vencer un olvido  
traidor amante no ha sido.

CAMPASPE:                Antes respondió tan mal  
que me ha dejado mortal  
oír que en odio del honor...

*La caja*

MÚSICA: *En repúblicas de amor  
es la política tal...*

ALEJANDRO: Ya son tus quejas en  
vano.

*Quiere asirle la mano*

CAMPASPE: Deten la mano; porque,  
si antes mi delito fue  
el dar la muerte a un tirano  
en defensa de mi mano,  
ahora lo será, señor,  
no dársela.

ALEJANDRO: Tu rigor  
baste, pues en lance igual...

*La caja*

MÚSICA: *El traidor es el leal  
y el leal es el traidor.*

*Como luchando los dos*

CAMPASPE: ¡Advierte!

ALEJANDRO: ¿Qué he de advertir?

CAMPASPE: ¡Mira!

ALEJANDRO: ¿Qué puedo mirar?

CAMPASPE: Que ayer me libró el matar,  
y hoy me libraré el morir.

*Quiere sacarle la espada, y él lo impide*

ALEJANDRO: No hará.

CAMPASPE: ¡Válgame el pedir  
a cielo y tierra favor!

ALEJANDRO: Su voz confunda el rumor.

*La MÚSICA y las cajas y la representación  
todo a un  
tiempo*

MÚSICA:                *En repúblicas de amor  
es la política tal,  
que el traidor es el leal  
y el leal es el traidor.*

CAMPASPE:            *Ni eso te valdrá tampoco.*  
  
*Dentro*

APELES:                *¡Mentís todos!*  
TODOS:                                *¡Guarda el loco!*  
UNOS:                                *¡Teneos!*  
DIÓGENES:                            *He de entrar.*

*Sale EFESTIÓN*

EFESTIÓN: ¡Señor!  
ALEJANDRO: ¿Qué es eso, Efestión?

¿Qué voces  
a una y otra parte varias,  
demás de las que he mandado  
de instrumentos y de cajas,  
son las que se oyen?

EFESTIÓN: Apeles,  
a quien furioso llevaban  
a su albergue unos soldados,  
escuchando lo que cantan,  
diciendo, embistió con todos,  
que es mentira, que no haya  
lealtad en amor, a tiempo  
que Diógenes la entrada  
de su tienda solicita,  
sin que le impida la guarda.

ALEJANDRO: Retírate tú a esta puerta,

*A CAMPASPE*

hasta que sepa qué causa  
a los dos mueve.

*Retírase CAMPASPE al paño*

CAMPASPE: (¡Fortuna,  
quién--¡ay infelice!--hallara  
por donde escapar! En vano  
lo intento, porque cerrada  
está por aquí la tienda.  
Fuerza es esperar.)

*Sale DIÓGENES*

DIÓGENES: Las plantas  
me da, señor, en albricias  
de que ya mi ciencia alcanza  
el accidente de Apeles.

ALEJANDRO: Si en otra ocasión llegaras,

fueras más bien recibido.

Mas ya que llegaste, habla,  
di, ¿qué accidente es?

DIÓGENES: Amor.

ALEJANDRO: Si no dices más, no basta  
para que te crea, pues esa  
fue la primera palabra  
que dijiste, y no por eso  
fue cierto; y como no añadas  
más, lo mismo será ahora.

DIÓGENES: ¿Bastará decir la dama  
y el competidor?

ALEJANDRO: Sí.

DIÓGENES: Pues

si eso es todo lo que falta  
al crédito de mis ciencias  
y a sus conjeturas sabias,  
aunque yo no la conozco,  
perdone esta vez su fama.  
La dama es Campaspe, y tú  
el que de celos le mata;  
de suerte que amor y celos

son de sus penas la causa.

ALEJANDRO: ¿Qué dices? ¡Ay infelice!

CAMPASPE: (¡Cielos, la suerte está echada!)

DIÓGENES: Que es Campaspe a quien adora.

ALEJANDRO: No prosigas, calla, calla; que en ti, porque me lo dices, más que en él, porque me agravia, pues ya es cómplice al dolor quien el dolor adelanta, tengo de vengar mis celos.

*Empuña la daga, y detiéndele*

*EFESTIÓN*

EFESTIÓN: Advierte, señor.

DIÓGENES: ¡Bien pagas su fineza y mi fineza!

ALEJANDRO: ¿Qué fineza, si tirana tu voz, su intención traidora,

me han dado la muerte ambas?

CAMPASPE: ¡Ay de quien sobre sí, cielos,  
todo este escándalo aguarda!

DIÓGENES: La suya, pues, es tan grande,  
tan noble, tan leal, tan rara,  
que, a despecho del favor  
que quizá en Campaspe halla,  
se deja morir, por no  
ofender la confianza,  
respeto y decoro que  
tan a su costa te guarda.

La mía, pues que te pongo  
en ocasión de que hagas  
una acción tan generosa  
como agradecer las ansias  
del que, en abono de todos  
los que encarecen que aman,  
diciendo que amantes pierden  
por su dama el juicio, anda  
tan fiel contigo y con ella  
que, en las desdichas que pasa,  
pierde por la dama el juicio

y por ti el juicio y la dama.

ALEJANDRO: No con razones me arguyas  
sófisticamente falsas;

que no hay en celos razón  
mayor que el que no la haya.

Y así en ti ahora, y después  
en él, si es que ella le ama,  
que yo lo sabré, mis celos  
vengaré.

CAMPASPE: ¡Qué oigo!

EFESTIÓN: Repara.

DIÓGENES: Buena ocasión se ofrecía  
de volver a la pasada  
cuestión de cuál de los dos  
es más invicto monarca.

ALEJANDRO: ¿Cómo?

DIÓGENES: Como si antes de ahora  
no creía a quien contaba  
que, esclavo de tus pasiones,  
la destemplanza te agrava,  
la lascivia te posee,  
y la ira te arrebatara,

ahora lo creo, al mirar  
lo que una afición te arrastra;  
y siendo así que esa ira,  
ambición y destemplanza,  
lascivia y envidia yo  
esclavas traigo a mis plantas,  
¿cuál será más poderoso:  
yo, que mando a quien te manda,  
o tú, que sirves a quien  
me sirve a mí? Con tan clara  
consecuencia logra ahora  
mi muerte; pero a[!] lograrla  
mira quién eres, pues eres  
esclavo de mis esclavas.

*Híncase de rodillas*

EFESTIÓN: A tanta osadía no tengo  
de impedirte ya.

CAMPASPE: (Él le mata.)

Aparte

ALEJANDRO: (¿Mira quién eres, pues eres

Aparte

esclavo de mis esclavas?

¿Tanto una ciega pasión

desluce el decoro, ultraja

el respeto, que ocasiona

a que pueda cara a cara

atreverse la voz

de un mísero, en confianza

de que, diciendo verdad,

la muerte no le acobarda?

Pues no ha de ser, no ha de ser;

que no ha de decir la fama

que dijeron a Alejandro

de Diógenes las canas:

"Mira quién eres, pues eres

esclavo de mis esclavas,"

sin que tratase enmendar

de sus defectos la causa.)

Alza, Diógenes, del suelo.

CAMPASPE: (¿Cómo tan afable le habla?)

ALEJANDRO: Y dime otra vez, ¿por mí

Apeles muere con tanta  
fineza que, leal y noble,  
aunque Campaspe le ama,  
a Campaspe olvida?

CAMPASPE: (Él  
mi amor averiguar trata.)

*Dentro*

VOCES: ¡Guarda el loco! ¡Guarda el loco!  
DIÓGENES: Esas voces lo declaran  
mejor que yo.

ALEJANDRO: Dejad que entre.

*Salen APELES desnudo, CHICHÓN con los  
vestidos, y otros  
deteniéndole*

APELES: Par diez, aunque lo estorbara  
todo el mundo, entrara yo,

sin que tú me lo mandaras;  
porque al que pide justicia  
no ha de haber puerta cerrada.

CHICHÓN: Y más cuando una locura  
le sabe falsear las guardas.

ALEJANDRO: Pues ¿de quién justicia pi-  
des?

APELES: Desos que infieles te cantan  
que en repúblicas de amor  
la política es tan mala  
que el traidor es el leal;  
porque yo sé que te engañan,  
y que hay lealtad en amor  
tan grande... Pero eso basta;  
que no quiero que la sepas,  
porque parece que falta  
a la fineza el que hace  
la fineza con jactancia.

ALEJANDRO: Repórtate; y pues está  
tu queja tan bien fundada,  
yo te guardaré justicia.  
(¡Ea, valor! La más alta

victoria es vencerse a sí;  
no diga de ti mañana  
la historia, que toda es plumas,  
el tiempo, que todo es alas,  
que tuvo en su amor Apeles  
más generosa constancia  
que yo. Si él por mí se deja  
morir con lealtad tan rara,  
¿por qué, pudiendo él hacerla,  
no he de poder yo pagarla?)

¡Campaspe!

CAMPASPE: (Sin duda en él  
y en mí se venga.) ¿Qué mandas?

ALEJANDRO: Que seas heroico asunto  
que, en láminas de oro y plata,  
de mis liberalidades  
corone las esperanzas.

Alábense otros que dieron,  
ya a las letras, ya a las armas,  
coronas, reinos, provincias,  
ciudades, templos y estatuas;  
que no ha de alabarse alguno

que sacrificó a las aras  
de la lealtad mayor triunfo,  
ni dio más, pues dio su dama,  
el día que en su poder,  
o gustosa o no, la halla.  
Dale, pues, la mano a Apeles,  
porque, esposa suya, vayas  
donde no te vean mis ojos.

### *A DIÓGENES*

Tú, Diógenes, repara  
en la dádiva mayor,  
si soy esclavo de esclavas  
o si soy dueño de mí.

### *A APELES*

Y tú mira la distancia  
que hay de tu amor a mi amor,

pues tú me la das pintada  
y yo te la vuelvo viva,  
pues di la mitad del alma.

CAMPASPE: (Esto es querer apurar  
si es verdad que enamorada  
estoy de Apeles. Yo haré  
que mal la experiencia salga.)

APELES: (¡Qué escucho! ¿Campaspe es  
mía?

¿Quién, cielos, con tan extraña  
novedad en mis sentidos  
me restituye a la clara  
luz del día? ¿Cómo estoy  
aquí así?) --Dame la capa,  
dama la espada, Chichón;

*A ALEJANDRO*

--Y tú, gran señor, las plantas;  
que no en vano te apellida  
dios la voz de tantas varias



que somos todas tan vanas  
que aun de lo que aborrecemos  
nos hace el cariño falta.

¿De cuándo acá fue el amor  
prenda para enajenada?

¿De cuándo acá el albedrío  
de un dueño a otro dueño pasa?

¿Es inquilino el afecto  
para andar mudando casas,  
vecino ayer de una gloria  
y huésped hoy de una infamia?

¿Es joya la inclinación?

¿Es la voluntad alhaja?

¿Es el deseo presea,  
ni menaje la esperanza  
para hacer dádiva dellas,  
tan bajamente contraria,  
que da con un baldón, yendo  
a buscar una alabanza?

Liberalidad bien puede  
ser que sea el dar la dama;  
pero liberalidad

tan neciamente villana,  
que piensa que lo da todo,  
siendo así, que es cosa clara,  
que no da nada; porqué  
el día que no da el alma  
¿qué da en lo demás? Con que,  
si presumes que le pagas  
de lo vivo a lo pintado  
el logro a Apeles, te engañas;  
pues si él dio un retrato, no  
le vuelves más que una estatua;  
porque el que sin albedrío  
con una mujer abraza  
logra, pero no merece,  
consigue, pero no alcanza;  
de suerte que, no pudiendo,  
cuando la fuerza te valga,  
darle ni el alma ni el gusto,  
darle sin gusto y sin alma  
todo lo que puedes es  
darlo todo y no dar nada.

APELES:           (¡Qué escucho, cielos! ¿Campas-  
pe  
así mis finezas trata?)

CHICHÓN:        Paréceme que bien puedes  
volverme capa y espada,  
y volverte a jugador  
de pelota; pues es clara  
cosa que de borra y viento  
ya está el pelotero en casa,  
siendo de borra tu amor  
y de viento tu esperanza.

ALEJANDRO:     Por más que deslucir quieras  
mi acción, noblemente vana,  
no has de poder; que una cosa  
es hacerla, otra lograrla.  
Y así, para haberla yo hecho,  
¿qué importa que tú... ?

*Dentro*

SOLDADOS:

¡Plaza!

ALEJANDRO: ¿Qué es aquello?

EFESTIÓN: Que a tu tienda  
llegan con todas sus damas  
Estatira y Siroés.

*Vase*

ALEJANDRO: Ya como libres se tratan,  
en fe del rescate; fuerza  
es que a recibirlas salga.  
Después diré lo que iba  
a decir.

*A DIÓGENES*

--Tú no te vayas,  
hasta ver el fin.

*Vase*

DIÓGENES: No haré,  
aunque de mi pobre estancia  
la ausencia siento.

Vase

CHICHÓN: ¿Qué mucho,  
si quedó allá la tinaja?  
Que, aunque no es de vino hoy,  
haberlo sido ayer basta  
para que haga compañía.  
Mas ¡miren aquí qué caras!  
Bien se ve que están reñidos,  
pues que se han quitado el habla.  
Veamos por cuál de los dos  
quiebra.

APELES: ¿Para qué, tirana... ?

CHICHÓN: Luego vi que era él lo más  
delgado.

APELES: ¿Para qué, ingrata,

traidoramente apacible,  
cariñosamente falsa,  
alentaste tantas veces,  
ya amorosa y ya enojada,  
mis esperanzas, si habías,  
el día que de pagarlas  
tuvieses más ocasión,  
de engañar mis esperanzas?  
¿Qué victoria te promete  
un rendido, para que hagas  
suertes en él tan ociosas  
como restituirle el alma,  
para que con ella sienta  
más tu rigor? Y así, ingrata,  
o vuélveme mi locura  
o tómate tu mudanza.

CAMPASPE:      Que me baldones permito  
de mudable, de liviana  
y de inconstante (¡ay Apeles!)  
porque alcanzo que no alcanzas  
que quizá ha sido fineza  
el desdén de que te agravias.

APELES:           ¿Qué fineza, si no es más  
que, al verte de un rey amada,  
haber hecho fantasía  
del gusto, mostrando vana  
el que el ruido del poder  
suena siempre en consonancia?

CAMPASPE:       Si supieras que él quería,  
por tomar de ti venganza  
y de mí, saber no más  
si te amo o no, no culparas  
que hubiese sido cautela  
contra cautela la traza  
que halló mi amor, a pesar  
de mi amor.

APELES:           Pues ¿no importara  
menos que él me diera muerte  
que dárme la tú? ¿Qué gana  
mi vida, di, si, porqué  
el no me mate, me matas?

CAMPASPE:       Luego ¿fuera más fineza,  
a todo trance empeñada,  
arriesgarlo todo?

APELES: Sí;  
que mejor le está a una dama  
ser fina que cautelosa.

CAMPASPE: Cautela hay menos culpada  
de lo que fuera quizá  
la fineza.

APELES: Es ignorancia.

CAMPASPE: No es sino atención. ¿Querías  
que mi amor le confesara  
y te diera muerte?

APELES: Sí;  
que el día que mi honor salva  
ver que, el día que seas mía,  
no toca a mi confianza  
interpretar los sentidos,  
sino entender las palabras.  
Fuéraslo (¡ay de mí!) el instante  
que en darme muerte tardara;  
muriera feliz, no triste.

CAMPASPE: Pues si eso es lo que te agrada,  
a tiempo estás, que la mano

que no te di... Pero aguarda...

*Ruido dentro*

que vuelven todos.

APELES: ¡Oh, cuánto

perezosa se dilata

siempre la dicha!

CHICHÓN: Hecho un bobo

me estoy oyéndolos. ¿Que haya,

habiendo amor de obra gruesa,

quien gasta el de filigrana,

todo retruécanos, todo

tiquismiquis?

*Salen todos*

ESTATIRA: Tu palabra

es ley y cumplirla debes.

ALEJANDRO: Quien, por cumplir una, falta



ALEJANDRO: Habérsela dado a Apeles  
ese temor satisfaga.

Y, porque lo veas, volviendo,  
Campaspe, a la acción pasada,  
a Apeles le da la mano.

CAMPASPE: Sí haré, de muy buena gana  
ahora, que es porque yo quiero  
y no porque tú lo mandas.

ALEJANDRO: Aunque deslucir mi acción  
intentas, no estés muy vana;  
que nada le das tampoco.

CAMPASPE: ¿Cómo?

ALEJANDRO: Como, si le amabas,  
es dar lo que ya era suyo  
darlo todo y no dar nada.

Y pues esto ha sido un solo  
paréntesis de las armas,  
prosiga al Peloponeso  
el ejército la marcha;  
que he de cumplir el agüero,  
venciendo naciones varias.

ESTATIRA: Con esa satisfacción

a tus pies estoy.

ALEJANDRO: Levanta.

NISE: Yo he de quedarme contigo.

ALEJANDRO: Con Efestión casada.

DIÓGENES: Y yo volverme a mi monte,  
donde te ruego que no vayas,  
ni me llames otra vez;

que no sabes lo que cansa  
esto de andar componiendo  
de amor y celos las ansias.

SIROÉS: Dichosa yo, que la vuelta  
daré a mi padre y mi patria.

ESTATIRA: Más dichosa yo, que quedo  
al logro de mi esperanza.

APELES: Dichoso yo, que he alcanzado  
ver el fin de penas tantas.

CHICHÓN: Más dichoso yo, que libre  
quedo, cuando otros se casan.

Y pues más desocupado  
estoy, humilde a esas plantas  
seré quien pida por todos  
el perdón de nuestras faltas;

aunque es darnos lo que es nuestro  
darlo todo y no dar nada.